

Una novela corta de
SELECTION



THE
QUEEN

KIERA CASS

Midnight Dreams

Staff

Moderadora de Traducción

Emmie

Traductores

Emmie

Mariela

Dianna

Jazmin

America_12

NataliCQ

Val3

Majo

2

Moderador de Corrección

Daniel

Correctores

Mariela

Jane

Esperanza

Annabrch

NataliCQ

Pagan

Emmie

Daniel

Revisión

Daniel

Diseño

PaulaMayfair

Índice

Staff

Índice

Sinopsis

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Adelanto de La Favorita

Capítulo 1

Sobre la autora

Sinopsis

Antes de que comenzara la historia de America Singer, otra chica llegó al palacio para competir por la mano de un príncipe diferente...

Esta precuela tiene lugar antes de los acontecimientos de La Selección y es contada desde el punto de vista de la madre del príncipe Maxon, Amberly. Descubre una nueva Selección y conoce historia de cómo los padres de Maxon se conocieron, y cómo una chica normal llamada Amberly se convirtió en una reina amada.

Capítulo 1

Traducido por Emmie
Corregido por Mariela

Dos semanas y este era mi cuarto dolor de cabeza. ¿Cómo voy a explicarle algo así al príncipe? Como si no fuera suficientemente malo que casi todas las chicas que quedaban fueran un Dos. Como si mis doncellas no estuvieran ya trabajando como burros para arreglar mis manos envejecidas. En algún momento tendría que decirle sobre las olas de enfermedad que se estrellaron sin previo aviso. Bueno, si alguna vez se fija en mí.

La Reina Abby se sentó en el extremo opuesto de la Habitación de las Mujeres, casi como si estuviera a propósito separándose de las chicas. Por el ligero frío que parecía rodar sus hombros, me dio la sensación de que no éramos exactamente bienvenidas en lo que a ella respecta.

Ella le tendió la mano a una doncella, quien dejó sus uñas a la perfección. Pero incluso en medio de los mimos, la reina parecía irritada. No entendí, pero traté de no juzgar. Tal vez también un rincón de mi corazón estaría endurecido, si hubiera perdido a un marido tan joven. Fue una suerte que Porter Schreave, primo de su difunto marido, la tomó como propia, lo que le permite mantener la corona.

Examiné la habitación, mirando a las otras chicas. Gillian era una Cuatro como yo, pero una adecuada. Sus padres eran ambos chefs, y, basado en sus descripciones de nuestras comidas, sentí que ella tomaría el mismo camino. Leigh y Madison estaban estudiando para ser veterinarias y visitaron los establos con la frecuencia que se les permitió.

Sabía que Nova era una actriz y tenía multitud de admiradores queriéndola en el trono. Uma era una gimnasta, y su pequeña figura era grácil, incluso en la quietud. Varias de las Dos aquí ni siquiera habían elegido una profesión todavía. Supuse que

si alguien paga mis cuentas, me diera de comer, y mantiene un techo sobre mi cabeza, no me preocuparía por eso tampoco.

Froté mi dolorosa sien y sentí la piel agrietada y callos rozar sobre mi frente. Me detuve y bajé mi mirada a mis manos maltratadas.

Él nunca me querría.

Cerrando los ojos, me imaginé la primera vez que me encontré con el Príncipe Clarkson. Podía recordar la sensación de su mano fuerte mientras estrechaba la mía. Gracias a Dios mis doncellas habían encontrado guantes de encaje para que me pusiera, o podría haber sido enviada a casa en el acto. Él era tranquilo, educado e inteligente. Todas las cosas que un príncipe debe ser.

Me había dado cuenta en las últimas dos semanas que no sonreía demasiado. Parecía como si tuviera miedo de ser juzgado por encontrar humor en las cosas. Pero, Dios mío, como se iluminaron sus ojos cuando lo hizo. El pelo rubio oscuro, los ojos azules desteñidos, la forma en que se movía con tanta fuerza... él era perfecto.

Por desgracia, yo no lo era. Pero tenía que haber una manera de conseguir que el Príncipe Clarkson se fijara en mí.

Querida Adele

Sostuve la pluma en el aire por un minuto, sabiendo que esto no tenía sentido. Aún.

Estoy instalándome muy bien en el palacio. Es bonito. Es más grande y mejor que bonito, pero no sé si tengo las palabras adecuadas para describirlo. También es un tipo diferente de calor en Angeles de lo que es en casa, pero no sé cómo decirte sobre eso tampoco. ¿No sería maravilloso si pudieras venir, sentir, ver y oler todo por ti misma? Y, sí, hay muchas cosas para oler.

En cuanto a la competencia, no he pasado ni un segundo a solas con el príncipe.

Mi cabeza palpitaba. Cerré los ojos, respirando lentamente. Me ordené a mí misma enfocarme.

Estoy segura de que has visto en la televisión que el Príncipe Clarkson ha enviado a casa ocho chicas, todas ellas Cuatros y Cincos, y aquella Seis. Hay otras dos Cuatro todavía, y un puñado de Tres. Me pregunto si espera elegir una Dos. Creo que tendría sentido, pero es doloroso para mí.

¿Podrías hacerme un favor? ¿Le preguntarás a mamá y papá si hay tal vez un primo o alguien más en la familia que está en las castas superiores? Debería haber preguntado antes de irme. Creo que información como esa sería realmente útil.

Estaba recibiendo esa sensación de náuseas que a veces venía con los dolores de cabeza.

Tengo que correr. Hay mucho que hacer. Voy a enviar otra carta pronto.

Te quiero por siempre,

Amberly

Me sentía débil. Doblé mi carta y la sellé en el sobre al que ya escribí su dirección. Me froté las sienes de nuevo, esperando que la ligera presión me diera un poco de alivio, aunque nunca lo hizo.

—¿Todo bien, Amberly? —preguntó Danica.

—Oh, sí —mentí—. Probablemente sólo cansada o algo así. Podría dar un pequeño paseo. Tratar de poner mi sangre en movimiento y eso.

Le sonreí a Danica y Madeline, y dejé la Habitación de las Mujeres, haciendo mi camino hacia el cuarto de baño. Un poco de agua fría en el rostro arruinaría mi maquillaje, pero podría ayudar a sentirme mejor. Antes de que pudiera llegar hasta allí, la sensación de mareo me invadió de nuevo. Sentándome en uno de esos pequeños sofás que estaban a lo largo de los pasillos, puse mi cabeza contra la pared, tratando de aclararla.

Esto no tiene ningún sentido. Todo el mundo sabía que el aire y el agua en las partes meridionales de Illéa eran malos. Incluso los Dos a veces tenían problemas de salud. ¿Pero esto no; escapar al aire limpio, buena comida, y el impecable cuidado del palacio; estaría ayudando a eso?

Iba a perder todas las oportunidades de impresionar al Príncipe Clarkson si esto continuaba. ¿Qué pasa si no llegaba a la partida de croquet de esta tarde? Podía sentir mis sueños deslizarse a través de mis dedos. También podría aceptar la derrota ahora. Me dolería menos después.

—¿Qué estás haciendo?

Me aparté de la pared para ver al Príncipe Clarkson mirándome.

—Nada, Su Alteza.

—¿Estás indispuesta?

—No, por supuesto que no —insistí, levantándome. Pero eso fue un error. Mis piernas se doblaron y caí al suelo.

—¿Señorita? —preguntó, viniendo a mi lado.

—Lo siento —le susurré—. Esto es humillante.

Él me cogió en brazos. —Cierra los ojos si estás mareada. Vamos a la enfermería.

Qué divertida historia sería para mis hijos: el rey una vez me llevó a través del palacio como si yo pesara nada en absoluto. Me gustaba aquí, en sus brazos. Siempre me había preguntado cómo se sentirían.

—Oh, Dios mío —gritó alguien. Abrí los ojos para ver a una enfermera.

—Creo que está débil o algo así —dijo Clarkson—. No parece estar herida.

—Déjela aquí, por favor, Su Alteza.

El Príncipe Clarkson me deja en una de las camas que hay en el ala, deslizando cuidadosamente sus brazos fuera. Tenía la esperanza de que pudiera ver el agradecimiento en mis ojos.

Asumí que se iría de inmediato, pero se quedó mientras la enfermera revisaba mi pulso. —¿Has comido hoy, querida? ¿Has bebido lo suficiente?

—Acabamos de terminar el desayuno —respondió por mí.

—¿Te sientes enferma en absoluto?

—No. Bueno, sí. Lo que quiero decir es que esto no es realmente nada. — Esperaba que si hacía parecer esto como intrascendente, todavía podía ir al juego de croquet después.

Ella hizo una mueca tanto severa como dulce. —Siento disentir; tuviste que ser traída hasta aquí.

—Esto sucede todo el tiempo —espeté en frustración.

—¿Qué quieres decir? —presiona la enfermera.

No había querido confesarlo. Suspiré, tratando de pensar en cómo explicar. Ahora el príncipe iba a ver cómo mi vida en Honduragua me había dañado.

—Me duele mucho la cabeza. Y a veces me mareo. —Tragué, preocupada de lo que el príncipe iba a pensar—. En casa me voy a la cama horas antes que mis hermanos, y eso me ayuda a través de la jornada de trabajo. Ha sido más difícil descansar aquí.

—Mmm hmm. ¿Cualquier cosa además de los dolores de cabeza y cansancio?

—No, señora.

Clarkson se movió a mi lado. Esperaba que no pudiera oír mi corazón latir con fuerza.

—¿Por cuánto tiempo has tenido este problema?

Me encogí de hombros. —Unos pocos años, tal vez más. Es normal ahora.

La enfermera parecía consternada. —¿Hay algún antecedente de esto en su familia?

Hice una pausa antes de contestar. —No exactamente. Pero mi hermana tiene a veces hemorragias nasales.

—¿Tienes una familia enfermiza? —preguntó Clarkson, una pizca de disgusto en su voz.

—No —le contesté, tanto queriendo defenderme y avergonzada de explicar—. Yo vivo en Honduras.

Levantó las cejas comprendiendo. —Ah.

No era ningún secreto cuan contaminado era el sur. El aire era malo. El agua era mala. Había muchos niños deformes, mujeres estériles, y muertes jóvenes. Cuando los rebeldes llegaron, dejarían un rastro de graffiti detrás, exigiendo saber por qué el palacio no había arreglado esto. Fue un milagro que mi familia entera no estuviera tan enferma como yo. O que yo no estuviera peor.

Di una respiración profunda. ¿Qué en el mundo estaba haciendo aquí? Había pasado semanas previas a la Selección construyendo este cuento de hadas en mi cabeza. Pero ninguna cantidad de deseo o sueños iban a hacerme digna de un hombre como Clarkson.

Me di la vuelta, no queriendo que me vea llorar. —¿Podría salir, por favor?

10

Hubo unos segundos de silencio, y luego escuché sus pasos mientras se alejaba. En el instante en que se desvanecieron, me rompí.

—Silencio, ahora, querida, está bien —dijo la enfermera, reconfortándome. Estaba tan afligida, la abracé tan fuerte como lo hacía con mi madre o hermanos—. Es una gran cantidad de estrés pasar por una competencia como esta, y el príncipe Clarkson entiende eso. Pediré al médico que te recete algo para los dolores de cabeza, y eso va a ayudar.

—He estado enamorada de él desde que tenía siete años de edad. Cada año le susurré una canción de feliz cumpleaños mi almohada para que así mi hermana no se burlara de mí por recordarlo. Cuando comencé a aprender a escribir con letras cursivas, practiqué escribiendo nuestros nombres juntos... y la primera vez que el realmente me habla, me pregunta si estoy enferma. —Hice una pausa, dejando escapar un llanto—. No soy lo suficientemente buena.

La enfermera no intentó discutir conmigo. Ella sólo me dejó llorar.



Estaba tan avergonzada. Clarkson nunca me vería como algo más que la niña rota que despidió. Estaba segura de que mi oportunidad de ganar su corazón había pasado. ¿Qué utilidad podría tener para mí ahora?

Capítulo 2

Traducido por Mariela

Corregido por Jane

Resulta que el croquet sólo permite un máximo de seis jugadores a la vez, lo cual me venía bien. Me senté y miré, tratando de entender las reglas en caso que obtuviera un turno, aunque tenía la sensación de que nos íbamos a aburrir y terminar el juego antes de que todos tuviéramos una oportunidad.

—Mira sus brazos —suspiró Maureen. No me hablaba a mí, pero levanté la vista al mismo tiempo. Clarkson se había quitado la chaqueta del traje y enrollado sus mangas. Se veía realmente, realmente muy bien.

—¿Cómo consigo que envuelva esos alrededor mío? —bromeó Keller—. No es como si no se pudiera fingir una lesión en el croquet.

Las chicas a su alrededor rieron, y Clarkson miro hacia ella, un atisbo de sonrisa en sus labios. Siempre era así: sólo un rastro. Al pensar en ello, nunca lo he escuchado reír. Tal vez una inesperada risita, pero nunca nada donde estuviera tan feliz que estallara en risas.

Aun así, el fantasma de una sonrisa en su rostro era suficiente para paralizarme. Estaba bien no ver más.

Los equipos se movieron a lo largo del campo, y fui dolorosamente consciente cuando el príncipe estaba de pie cerca de mí. Mientras una de las chicas alineaba un tiro bastante hábil, él dirigió sus ojos hacia mí, sin mover su cabeza. Lo observé, y devolvió su atención al juego. Algunas chicas vitorearon, y él se paró más cerca.

—Allá hay una mesa de refrescos —dijo en voz baja, aún sin hacer contacto visual—. Tal vez deberías tomar algo de agua.

—Estoy bien.

—¡Bravo, Clementine! —gritó a la chica que exitosamente arruinó otro tiro—. De todos modos. La deshidratación puede empeorar el dolor de cabeza. Podría ser bueno para ti.

Sus ojos bajaron a encontrarse con los míos, y había algo allí. No amor, tal vez ni siquiera afecto, pero algún grado o dos más allá de preocupación básica.

Sabiendo que estaba desamparada cuando se trataba de negarme a él, me levanté y me acerqué a la mesa. Comencé a servirme un poco de agua, pero una señorita tomó la jarra de mi mano.

—Lo siento —murmuré—. Todavía no me acostumbro a eso.

Ella sonrió. —No te preocupes. Toma un poco de fruta. Es muy refrescante en un día como este.

Me puse de pie junto a la mesa, comiendo las uvas con un pequeño tenedor. Necesitaba decirle a Adele sobre eso también: utensilios para la fruta.

13

Clarkson miró en mi dirección algunas veces, pareciendo que volvía a revisar que yo estuviera haciendo lo que sugirió. No supe si fue la comida o su atención lo que levantó mi ánimo.

Nunca tomé la oportunidad de jugar.

Pasaron tres días más antes de que Clarkson me hablara nuevamente.

La cena estaba terminando. El rey se había disculpado sin ceremonia, y la reina casi había completamente terminado por si sola la botella de vino. Algunas de las chicas comenzaron a hacer una reverencia y retirarse, sin querer ver a la reina mientras descuidadamente se apoyaba en su brazo. Estaba sola en la mesa, determinada a terminar cada ultimo bocado del pastel de chocolate.

—¿Cómo estas hoy, Amberly?

Mi cabeza se disparó hacia arriba. Clarkson se había acercado sin que pudiera notarlo. Agradecía a Dios que me atrapara entre bocado y bocado. —Muy bien. ¿Y usted?

—Excelente, gracias.

Hubo un ligero silencio mientras esperaba a que él dijera algo más. ¿O se suponía debía hablar? ¿Había reglas acerca de quien hablaba primero?

—Apenas he notado cuan largo es tu cabello —comentó él.

—Oh. —Reí un poco mientras bajaba la mirada. Mi cabello casi llegaba a mi cintura por estos días. Aunque era mucho para cepillar, me daba un montón de opciones para un recogido. Esa era la clave para trabajar en la granja o en la fábrica—. Sí. Es muy útil trenzarlo, es agradable en casa.

—¿Crees que tal vez es muy largo?

—Umm. No lo sé. Su alteza. —Pasé mis dedos por este. Mi cabello estaba limpio y bien cuidado. ¿De alguna manera me veo desastrosa sin ser consciente de ello? ¿Qué piensa?

Él inclinó su cabeza. —Es de un color muy bonito. Creo que puede ser mejor si fuera más corto. —Se encogió de hombros y empezó a alejarse—. Sólo un pensamiento —dijo por encima de su hombro.

14

Me senté allí por un momento, considerándolo. Luego, abandonando mi pastel, fui a mi habitación. Mi mucama estaba ahí, esperando como siempre. —Martha, ¿te sentirías cómoda cortando mi cabello?

—Por supuesto señorita. Un centímetro o algo así de las puntas lo mantendrá sano —respondió ella, caminando hacia el baño.

—No —le respondí—. Lo necesito corto.

Ella se detuvo. —¿Cuan corto?

—Bueno... un poco más debajo de mis hombros, ¿pero tal vez arriba de la parte inferior de los omoplatos?

—¡Eso son más de treinta centímetros, señorita!

—Lo sé. Pero, ¿puedes hacerlo? Y ¿podrás aún ser capaz de hacerlo bonito? —Tiré de las hebras gruesas, imaginándolas cortadas.

—Por supuesto señorita. Pero ¿Por qué quiere hacer eso?

Crucé enfrente de ella, dirigiéndome al baño. —Creo que es tiempo de un cambio.

Mis doncellas me ayudaron a quitarme mi vestido y cubrieron mis hombros con una toalla. Cerré mis ojos mientras Martha comenzaba, no completamente segura de lo que estaba haciendo. Clarkson pensaba que me vería más bonita con el cabello más corto, y Martha se aseguraría que fuera lo suficientemente largo para que todavía pudiera tirar de él. Sin perder nada en esto.

No me atreví a echar un vistazo hasta que todo estuvo hecho. Escuché la mordedura metálica de las tijeras una y otra vez. Podría sentir como sus tijeras iban más precisas, como si estuviera haciendo todo uniforme. No mucho tiempo después de eso se detuvo.

—¿Qué piensa, señorita? —preguntó vacilante.

Abrí los ojos. Al principio no podía ni siquiera decir la diferencia. Pero giré mi cabeza muy ligeramente, y un pedazo de mi cabello cayó sobre mi hombro. Saqué una hebra sobre el otro lado, y era como si mi cara estuviera rodeada por un marco de madera de caoba.

Estaba en lo cierto.

—¡Me encanta, Martha! —Me quedé sin aliento, tocando mi cabello por todas partes.

—La hace ver mucho más madura —agregó Cindy.

Asentí. —Lo hace, ¿cierto?

—¡Espere, espere, espere! —exclamó Emon, corriendo a la caja de joyería. Rebuscó a través de varias piezas, buscando algo en particular. Finalmente, vino con un collar que tenía grandes piedras rojas brillantes. No había sido lo suficientemente valiente para utilizarlo aún.

Levanté mi cabello, esperando que quisiera que me lo probara, pero tenía otras ideas. Suavemente, puso el collar a través de mi cabeza. Era tan vistoso, era muy evocativo a una corona.

Mis doncellas contuvieron el aliento, pero dejé de respirar por completo.

Había pasado tantos años imaginando al príncipe Clarkson como mi marido, pero nunca, ni una vez lo consideré como el chico que podría hacerme una princesa. Por primera vez, me di cuenta que quería eso también. No estaba llena de conexiones o goteando riqueza, pero sentí que era un papel que no me bastaba con rellenar sino sobresalir. Siempre creí que sería un buen partido para Clarkson, pero tal vez podría ser un buen partido para la monarquía, también.

Me miré en el espejo, y continuando imaginando el *Schreave* insertado al final de mi nombre, coloqué *princesa* justo antes de él. En ese instante lo quería a él, la corona; hasta el último pedazo de esta; como nunca antes.

Capítulo 3

Traducido por Dianna'
Corregido por Esperanza

Martha me había encontrado una diadema enjoyada para usar en la mañana y dejó mi cabello completamente suelto. Nunca había estado tan emocionada por el desayuno. Pensaba que lucía positivamente hermosa, y no podía esperar para ver si Clarkson sentía lo mismo.

Si fuera inteligente hubiera llegado un poco temprano; pero como era, caminé sin prisa con varias otras chicas, perdiendo completamente mi oportunidad de llamar la atención del príncipe. Lancé mi mirada hacia la mesa principal cada pocos segundos, pero Clarkson estaba concentrado en su comida, cortando obedientemente sus waffles y jamón, de vez en cuando mirando por encima unos papeles a su lado. Su padre bebió café en su mayoría, sólo tomando un bocado cuando tomaba un descanso del documento que estaba leyendo. Supuse que él y Clarkson estudiaban lo mismo y que ambos comenzaran tan temprano significaba que iban a tener un día muy ocupado. La reina estaba en ninguna parte donde pudiera ser vista, y mientras que la palabra resaca nunca se dijo en voz alta, casi podía escucharla en los pensamientos de todos.

Una vez que terminó el desayuno, Clarkson se fue con el rey, libre para hacer lo que fuera que hacía que nuestro país funcionara.

Suspiré. Tal vez esta noche.

La Sala de mujeres estaba tranquila hoy. Habíamos agotado todas las conversaciones de conseguir—saber—de—ti y nos acostumbramos a pasar nuestros días juntas. Me senté con Madeline y Bianca, como casi siempre hacía. Bianca venía de una de las provincias vecinas de Honduragua, y nos habíamos conocido en el avión. La habitación de Madeline estaba al lado de la mía, y su criada había venido a llamar a mi puerta el primer día para pedirle a mis criadas algo de hilo.

Tal vez media hora más tarde, Madeline vino a agradecernos, y fuimos aliadas desde entonces.

La Sala de Mujeres fue exclusivista desde el principio. Estábamos acostumbradas a estar separadas en grupos en la vida cotidiana, Tres por aquí, Cincos por allá, así que quizá era natural que eso sucediera en el palacio. Y aunque no nos dividimos exclusivamente por castas, no pude evitar desear que no lo hiciéramos en absoluto. ¿No éramos iguales por venir aquí, al menos mientras la competencia durara? ¿No estábamos pasando exactamente lo mismo?

Aunque, por el momento, parecía que estábamos pasando por un montón de nada. Desearía que algo pasara, sólo así tendríamos algo de qué hablar.

—¿Alguna noticia de casa? —pregunté, tratando de iniciar una conversación.

Bianca levantó la vista.

—Mi mamá escribió ayer y dijo que Hendly se comprometió. ¿Puedes creer eso? Ella se fue, ¿qué, hace una semana?

18

Madeline reaccionó.

—¿Cuál es su casta? ¿Está subiendo?

—¡Oh, sí! —Bianca se iluminó con entusiasmo—. ¡A dos! Quiero decir, te da esperanza. Era una Tres antes de irme, pero la idea de tal vez casarme con un actor en lugar de un viejo médico aburrido suena divertido.

Madeline se rió y asintió de acuerdo.

Yo no estaba tan segura.

—¿Ella lo conocía? Antes de irse por la Selección, quiero decir.

Bianca inclinó la cabeza hacia un lado, como si hubiera preguntado algo ridículo.

—Parece poco probable. Ella era una Cinco, él es un Dos.

—Bueno, creo que dijo que su familia hacía música, así que tal vez ella se presentó para él una vez —ofreció Madeline,

—Ese es un buen punto —agregó Bianca—. Así que tal vez no eran completos desconocidos.

—Huh —murmuré.

—¿Celosa? —preguntó Bianca.

Sonreí.

—No. Si Hendly es feliz, entonces yo lo soy. Es un poco extraño, sin embargo, casarse con alguien que ni siquiera conoces.

Hubo una pausa antes de que Madeline hablara.

—¿No estamos haciendo lo mismo?

—¡No! —exclamé—. El príncipe no es un desconocido.

—¿En serio? —desafió Madeline—. Entonces, por favor, dime todo lo que sabes de él, porque siento que no tengo nada.

—En realidad... yo también —confesó Bianca.

Inhalé para comenzar una larga lista de hechos sobre Clarkson... pero no tenía mucho que contar.

—No estoy diciendo que sé hasta el último secreto sobre él, pero no es como si fuera cualquier viejo caminando por la calle. Hemos crecido con él, lo hemos escuchado hablar en el Report, hemos visto su cara cientos de veces. Puede que no sepamos todos los detalles, pero tengo una impresión muy clara de él. ¿Ustedes no?

Madeline sonrió.

—Creo que tienes razón. No es como si entráramos por la puerta sin saber su nombre.

—Exactamente.

La criada era muy silenciosa, no me di cuenta que se había acercado hasta que estuvo en mi oído, susurrando.

—La necesitan por un momento, señorita.

La miré, confundida. No había hecho nada malo. Me giré hacia las chicas y me encogí de hombros antes de ponerme de pie para seguirla por la puerta.

En el pasillo, ella simplemente hizo un gesto y me giré para ver al Príncipe Clarkson. Estaba de pie allí con esa casi sonrisa en sus labios y algo en su mano.

—Estaba dejando un paquete en la sala de correo y el jefe de correos tenía esto para ti —dijo, sosteniendo un sobre entre dos dedos—. Pensé que podrías quererlo de inmediato.

Me acerqué tan rápido como pude sin parecer poco femenina y lo intenté alcanzar. Su sonrisa se volvió diabólica cuando abruptamente llevó su brazo hacia arriba en el aire.

Me reí, saltando y tratando desesperadamente de agarrarlo.

—¡No es justo!

—Vamos ahora.

Podía saltar bastante bien, aunque no en tacones, e incluso con ellos puestos era un poco más baja que él. Pero no me importó fracasar, porque en algún lugar en mis tristes intentos, sentí un brazo envolverse alrededor de mi cintura.

Finalmente, me dio mi carta. Como sospechaba, era de Adele. Tantas cosas felices se estaban acumulando en mi día.

—Cortaste tu cabello.

Alejé mi mirada de la carta.

—Lo hice. —Agarré una parte y la traje por encima de mi hombro—. ¿Te gusta?

Había algo en sus ojos, no del todo traviosos, no del todo un secreto.

—Me gusta. Muchísimo. —Con eso se giró y caminó por el pasillo, sin siquiera mirar atrás.

Era cierto que tenía una idea de quién era. Aun así, mientras lo veía en su vida día a día, me di cuenta de que había mucho más de él que lo que vi en el Report. Ese conocimiento no parece desalentador, sin embargo.

Por el contrario, era un misterio que estaba emocionada de resolver.

Sonreí y rasgué la carta allí mismo, en el pasillo, moviéndome debajo de una ventana para tener un poco de luz.

Dulce, dulce Amberly,

Te extraño tanto que duele. Me duele casi tanto como cuando pienso en todos los hermosos vestidos que usas y la comida que debes estar saboreando. ¡No puedo ni imaginar lo que estás oliendo! Ojalá pudiera.

Mama casi llora cada vez que te ve en televisión. ¡Pareces una Uno! Si no supiera ya las castas de todas las chicas, nunca hubiera imaginado que alguna de ustedes no fuera de la familia real. ¿No es gracioso? Si alguien quisiera, podrían fingir que esos números no existen. Por otra parte, no aplican para ti de alguna manera, Pequeña Señorita Tres.

Hablando de eso, me gustaría que hubiera algún Dos perdido hace mucho tiempo en la familia por tu bien, pero ya sabes que no lo hay. Pregunté, y hemos sido Cuatros desde el principio, y eso es todo lo que hay que ser. Las únicas adiciones notables a la familia no son buenas. Ni siquiera quiero decirte esto, y espero que nadie se tope con esta carta antes, pero la prima Romina está embarazada. Al parecer, se enamoró de ese Seis que conduce el camión de entrega de los Rakes. Se van a casar este fin de semana, lo que ha dejado a todos suspirando de alivio. El padre (¿por qué no puedo recordar su nombre? ¡Ah!) se niega a tener cualquier niño suyo hecho un Ocho, y eso es más de lo que algunos hombres mayores que él harían. Así que, lo siento te perderás la boda, pero estamos contentos por Romina.

De todos modos, esa es la familia que tienes ahora. Un grupo de agricultores y algunos infractores de la ley. Solo se la chica hermosa cariñosa que todos sabemos que eres, y el príncipe, sin duda, se enamorará de ti a pesar de tu casta.

Te queremos. Escribe de nuevo. Extraño escuchar tu voz. Haces que las cosas se sientan más pacíficas por aquí, y no creo que lo notara hasta que no estabas para hacerlo.

Adiós por ahora, Princesa Amberly. ¡Por favor recuérdanos a la gente pequeña cuando consigas tu corona!

Capítulo 4

Traducido por Majo

Corregido por Jane

Martha cepilló los nudos de mi pelo. Incluso teniéndolo más corto, todavía era una tarea seria teniendo en cuenta lo grueso que era. Secretamente esperaba que se tomara su tiempo. Esta era una de las pocas cosas que me recordaba a casa. Si cerraba los ojos y contenía la respiración, podría haber sido Adele tirando del peine.

Mientras me imaginaba el ligero tinte gris de la casa, oyendo a Mama quejarse por los sonidos constantes de furgonetas de reparto, alguien llamó y me regresó al presente.

Cindly corrió hacia la puerta, y un segundo después de que la abrió, se dejó caer en una reverencia. —Su Alteza.

Me puse de pie e inmediatamente cruce los brazos sobre mi pecho, teniendo una sensación de increíble vulnerabilidad. Los camiones eran tan finos.

—Martha —susurré con urgencia. Levantó la mirada desde su reverencia—. Mi bata. Por favor.

Se apresuró para conseguirla mientras me daba la vuelta para enfrentar al Príncipe Clarkson. —Su Alteza. Que amable de su parte visitarme. —Hice una rápida reverencia, luego trasladé mis brazos a mi pecho.

—Me estaba preguntando si es posible que te unas a mí para un postre tardío.

¿Una cita? ¿Estaba aquí por una cita?

Y yo estaba en mi camisón, sin maquillaje, el pelo medio cepillado. —¿Umm, debería. . . cambiarme?

Martha me entregó mi bata y me apresuré a colocármela.

—No, estás bien así —insistió, entrando en mi habitación como si le perteneciera.

Lo que, supuse, hacía. A sus espaldas, Emon y Cindly se escabulleron de la habitación. Martha me miró por alguna orden, y después de que le diera un rápido movimiento de cabeza, se fue.

—¿Estás contenta con tu habitación? —preguntó Clarkson—. Es bastante pequeña.

Me reí. —Supongo que sí has crecido en un palacio la hace parecer de esa manera. Me gusta, sin embargo.

Se acercó a la ventana. —No hay mucho que ver.

—Pero me gusta el sonido de la fuente. Y cuando alguien llega, oigo el crujido de la grava. Estoy acostumbrada a mucho ruido.

Él hizo una mueca. —¿Qué clase de ruido?

—La música que se reproduce en los altavoces. No me di cuenta que no ocurría en todas las ciudades hasta que llegué aquí. Y los motores de los camiones o motos. Ah, y los perros. Estoy acostumbrada escucharlos ladrar.

—Muy de canción de cuna —remarcó, caminando de nuevo hacia mí—. ¿Estás lista?

Discretamente busqué mis zapatillas, las vi junto a mi cama, y fui a ponérmelas.

—Sí.

Se acercó a la puerta, luego me miró y extendió su brazo. Escondí mi sonrisa mientras iba a reunirme con él.

No parecía querer particularmente ser tocado. Me di cuenta de que casi siempre caminaba con las manos detrás de la espalda y mantenía un ritmo acelerado.

Incluso ahora, mientras nos abrimos paso por los pasillos, no se estaba tomando exactamente su tiempo.

Teniendo en cuenta eso, sentí una emoción de nuevo en la forma en que se burlo de mí con mi carta el otro día, y que me permitió estar cerca de él en todo momento.

—¿A dónde vamos?

—Hay un excepcionalmente agradable salón en el tercer piso. Excelente vista de los jardines.

—¿Te gustan los jardines?

—Me gusta *mirarlos*.

Me reí, pero él estaba completamente serio.

Llegamos a un conjunto de puertas abiertas, e incluso desde el pasillo pude sentir el aire fresco. La habitación estaba iluminada por nada más que velas, y pensé que mi corazón podría explotar de felicidad pura. De hecho, tenía que tocar mi pecho para asegurarme de que todo estaba intacto.

24

Tres enormes ventanas estaban abiertas, dejando sus cortinas ondulantes de puntillas en la brisa. En frente de la ventana del medio descansaba una pequeña mesa con un centro de flores preciosas y dos sillas. Al lado había un carrito sosteniendo al menos ocho diferentes tipos de postres.

—Las damas primero —dijo, señalando a la cesta.

No podía dejar de sonreír mientras me acercaba. Estábamos solos. Él había hecho esto por mí. Era el sueño que había tenido cada chica haciéndose realidad.

Traté de concentrarme en lo que estaba frente a mí. Vi chocolates, pero estaban todos de diferente forma, por lo que no podía adivinar lo que había dentro. Pasteles en miniatura con crema batida que olían a limón estaban apilados en la parte trasera, mientras que justo en frente de mí había pasteles que tenían algo rociados sobre ellos.

—No sé cómo elegir —confesé.

—Entonces no lo hagas —dijo, recogiendo un plato y colocando cada cosa en él. Lo colocó sobre la mesa y sacó la silla. Me acerqué, me senté y dejé que empujara la silla para mí, y esperé a que colocara su propio plato.

Cuando lo hizo, me encontré riendo de nuevo.

—¿Tomaste lo suficiente? —bromeé.

—Me gustan las tartas de fresa —se defendió. Probablemente tenía unos cinco apilados en frente de él—. Por lo tanto, eres una cuarto. ¿Qué haces? —Él partió un pedazo de uno de sus postres y lo masticó.

—Trabajo en la granja. —Jugué con un chocolate.

—Quieres decir, posees una granja.

—Algo así.

Dejó el tenedor y me estudió.

25

—Mi abuelo era dueño de una plantación de café. Se la dejó a mi tío, porque es el mayor, por lo que mi papá y mi mamá y mis hermanos y yo trabajamos en ella —confesé.

Se quedó en silencio por un momento.

—Así que. . . ¿qué es lo que haces exactamente?

Solté el chocolate de nuevo en mi plato y puse mis manos en mi regazo. —Recojo las bayas, sobre todo. Y ayudo a asarlas en nuestra fábrica.

Se quedó callado.

—Solía estar enterrada en la montaña, la plantación, quiero decir, hay un montón de caminos a través de ella ahora. Lo que hace que sea más fácil transportar cosas, pero se suma al humo. Mi familia y yo vivimos en...

—Detente.

Miré a mi regazo. No podía evitarlo, lo hacía para ganarme la vida.

—¿Eres una cuatro, pero haces el trabajo de una siete? —preguntó en voz baja.

Asentí.

—¿Le has mencionado esto a alguien?

Pensé sobre mis conversaciones con las otras chicas. Tendía a dejarlas hablar sobre sí mismas. Le había dicho a historias acerca de mis hermanos y realmente disfruté de conocer algunos de los programas de televisión que los otros observaban, pero no creía haber hablado sobre mi trabajo.

—No, no lo creo.

Miró al techo y de nuevo a mí. —Nunca debes decirle a nadie lo que haces. Si alguien pregunta, tu familia es propietaria de una plantación de café, y ayudas a dirigirla. Se imprecisa y nunca, nunca dejes saber qué haces el trabajo manual. ¿Queda claro?

—Sí, Su Alteza.

Me miró un momento más, como para reforzar el punto. Pero su mando era todo lo que necesitaba. Nunca desobedecería a ninguna cosa que él me pidiera.

Volvió a comer, apuñalando sus postres un poco más agresivamente de lo que había hecho antes. Estaba demasiado nerviosa incluso para tocar mi comida.

—¿Le he ofendido, Alteza?

Se incorporó un poco más y ladeó la cabeza. —¿Por qué piensas eso?

—Pareces. . . trastornado.

—Las chicas son tan tontas —murmuró para sí mismo—. No, no me has ofendido. Me gustas. ¿Por qué cree que estamos aquí?

—Así puede medirme y validar su elección para enviarme a casa. —No quise decir todo eso. Era como si mis mayores preocupaciones lucharan por tener espacio en mi cabeza, y una finalmente se escapó. Agaché mi cabeza de nuevo.

—Amberly —murmuró. Miré hacia él desde debajo de mis pestañas. Había una media sonrisa en su rostro mientras se inclinó sobre la mesa. Con cautela, como si

la burbuja fuese estallar al segundo en que toca mi gruesa piel, puse mi mano en la suya—. No voy a mandarte a casa. No hoy.

Mis ojos se humedecieron, pero parpadeé las lágrimas.

—Estoy en una posición muy singular —explicó—. Sólo estoy tratando de entender los pros y los contras de cada una de mis opciones.

—Que yo haga el trabajo de una siete es una estafa, ¿supongo?

—Absolutamente —respondió, pero sin rastro de malicia en su tono—. Así que, por mi bien, esto se queda entre nosotros. —Le di una pequeña inclinación de cabeza—. ¿Cualquier otro secreto que desees compartir?

Él se retiró lentamente la mano y comenzó a cortar su comida de nuevo. Traté de hacer lo mismo.

—Bueno, sabes que me enfermo de vez en cuando.

Hizo una pausa. —Sí. ¿Qué es todo eso, exactamente?

—No estoy segura. Siempre he tenido un problema con dolores de cabeza, y a veces me canso. Las condiciones en Honduragua no son las mejores.

Él asintió. —Mañana después del desayuno, en lugar de ir a la habitación de las mujeres, irás a la enfermería. Quiero que el doctor Mission te haga un examen físico. Si necesitas algo, estoy seguro de que sea capaz de ayudar.

—Por supuesto. —Finalmente logré tomar un bocado de los pasteles y quería suspirar, sabía tan bueno. El postre era una rareza en casa.

—¿Y tienes hermanos?

—Sí, un hermano mayor y dos hermanas mayores.

Él hizo una mueca. —Eso suena. . . lleno.

Me reí. —A veces. Comparto una cama con Adele en casa. Es dos años mayor que yo. Ha sido tan extraño dormir sin ella, a veces acumulo un montón de almohadas a mi lado para engañarme a mí misma.

Él negó con la cabeza. —Pero tienes todo ese espacio para ti ahora.

—Sí, pero no estoy acostumbrada a ello. No estoy acostumbrada a todo esto. La comida es extraña. La ropa es extraña. Incluso huele diferente aquí, pero no puedo identificar lo que es.

Dejó sus utensilios. —¿Estás diciendo que mi casa apesta?

Por un segundo, me preocupaba que lo hubiera ofendido, pero había una pequeña, chispa de broma en sus ojos.

—¡De ningún modo! Pero sigue siendo diferente. Algo así como viejos libros y hierba y cualquier limpiador que las criadas utilizan, todo se mezcla. Me gustaría poder embotellarlo de alguna manera para mantener el olor siempre conmigo.

—De todos los recuerdos, ese es, con mucho, el más peculiar que he escuchado —comentó a la ligera.

—¿Quieres uno de Honduragua? Tenemos una excelente suciedad.

28

Él trató de ocultar su sonrisa de nuevo, todavía parecía tener miedo de dejarse reír.

—Muy generoso —comentó—. ¿Estoy siendo grosero, haciendo todas estas preguntas? ¿Hay algo que quieras saber sobre mí?

Mis ojos se abrieron. —¡Todo! ¿Qué es lo que más te gusta de tu trabajo? ¿En qué parte del mundo has estado? ¿Has ayudado a hacer realidad las leyes? ¿Cuál es tu color favorito?

Él negó con la cabeza y me dio otra de esas sonrisas medio triturándome el corazón. —El color azul, azul marino. Y, básicamente, puedes nombrar a cualquier país en el planeta, y lo he visitado. Mi padre quiere que tenga una amplia formación cultural. Illea es una gran nación, solo una joven, considerando todas las cosas. El siguiente paso para asegurar nuestra posición a nivel mundial es haciendo alianzas con los países más establecidos. —Él se rió oscuramente—. A veces pienso que mi padre desea que hubiese sido una chica para que pudiera casarme para asegurar esos vínculos.

—Demasiado tarde para que tus padres puedan volver a intentarlo, ¿no?

Su sonrisa vaciló. —Creo que ha pasado un tiempo.

Había algo más en esa declaración, pero no quería presionarlo.

—Lo que más me gusta de mi trabajo es la estructura. Hay que poner algún orden. Alguien pone un problema frente a mí, encuentro una manera de solucionarla. No me gustan las cosas que quedan abiertas o sin hacer, aunque eso no es normalmente un problema para mí. Soy el príncipe, y un día voy a ser rey. Mi palabra es la ley.

Sus ojos brillaban de alegría en su discurso. Era la primera vez que le había visto tan apasionado por algo. Y pude entenderlo. Aunque no anhelaba poder, era consciente de la apelación.

Él siguió mirándome, y sentí algo cálido hilarse a través de mis venas. Tal vez fue porque estábamos solos, o porque parecía tan seguro de sí mismo, pero yo estaba de repente muy consciente de él. Se sentía como si cada nervio de mi cuerpo estuviera unido a todos los nervios del suyo, y mientras estábamos allí sentados, una extraña electricidad comenzó a llenar la sala. Clarkson movía sus dedos en círculos sobre la mesa, negándose a mirar a otro lado. Mi respiración se aceleró, y cuando dejé que mis ojos cayeran a su pecho, parecía como si lo hubiese hecho, también.

Vi sus manos moverse. Parecía decidido, curioso, sensual, nervioso. . . una lista seguía en mi cabeza mientras miraba a los pequeños senderos que dibujó sobre la mesa.

Había soñado con que me besara, por supuesto, pero un beso era rara vez sólo eso.

Ciertamente, él había sostenido mis manos o mi cintura o la barbilla. Pensé en mis dedos, todavía gruesos por los años de trabajo, y me preocupaba lo que pensaría si los tocara de nuevo. Por el momento, quería hacerlo desesperadamente.

Se aclaró la garganta y miró hacia otro lado, rompiendo el hechizo.
—Probablemente debería acompañarte de nuevo a tu habitación. Es tarde.

Apreté los labios y mire para otro lado. Vería el amanecer con él si me lo pidiera.

Se puso de pie, y lo seguí hasta la sala principal. No estaba segura de qué hacer con nuestra tardía y corta cita. Se sentía más como una entrevista, si soy honesta. El pensamiento me hizo reír, y él me miró.

—¿Qué es tan gracioso?

Me debatí en decirle que no era nada. Quería que me conociera, y que con el tiempo significara que superaría mis nervios.

—Bueno. . . —dudé. *Esta es la forma de aprender el uno del otro, Amberly. Hablas—*. Dijiste que te gustaba. . . pero no sabes nada de mí. ¿Es así como sueles actuar con chicas te gustan? ¿Tú las interrogas?

Puso los ojos en blanco, no con ira, sino como si ya debiera entender. —Te olvidas. Hasta hace muy poco, nunca an...

El sonido de una puerta abriéndose de un golpe, dio por terminada nuestra conversación.

Reconocí a la reina al instante. Empecé a hacer una reverencia, pero Clarkson me empujó hacia un lado a otro pasillo.

—¡No te alejes de mí! —La voz del rey retumbó por el suelo.

—Me niego a hablar contigo cuando estas así —respondió la reina, su discurso débilmente arrastrando las palabras.

Clarkson puso sus brazos alrededor de mí, protegiéndome aún más. Pero sospechaba que necesitaba el abrazo más que yo.

—¡Tus gastos este mes son indignantes! —rugió el rey—. No se puede seguir así. ¡Es ese tipo de comportamiento el que envía este país a manos de los rebeldes!

—Oh, no, querido esposo —respondió ella, su voz empapada de falsa dulzura—. Te enviará a ti a manos de los rebeldes. Y créeme nadie te echara de menos cuando eso suceda.

—¡Vuelve aquí, conspiradora puta!

—¡Porter, déjame ir!

—Si crees que me puedes derribar con un puñado de vestidos caros, estás equivocada.

Se oyó el sonido de uno de ellos golpeando al otro. Al instante, Clarkson me dejó ir.

Cogió uno de los pomos de las puertas y lo giró, pero estaba cerrada. Se trasladó a la otra, y se abrió. Me agarró del brazo y me obligó a entrar, cerrando la puerta detrás de nosotros.

Empezó a caminar, agarrando su cabello con sus manos como si estuviera tentado a romper todo. Se trasladó al sofá, cogió una almohada, y lo rompió en trozos. Cuando terminó con eso, pasó a un segundo.

Él rompió una pequeña mesa.

Lanzó varios jarrones contra la mampostería de la chimenea.

Destrozó las cortinas.

Mientras tanto, apreté mi cuerpo contra la pared junto a la puerta, tratando de hacerme invisible. Tal vez debería haberme ido o correr en busca de ayuda. Pero no creía poder dejarlo solo, no así.

Cuando parecía que había conseguido sacar la mayor parte de su ira fuera de su sistema, Clarkson se acordó de que estaba allí. Irrumpió por la habitación y se detuvo frente a mí, con un dedo apuntando a mi cara. —Si alguna vez dices a alguien lo que has oído, o lo que yo hice, que Dios me ayude...

Pero estaba sacudiendo mi cabeza antes de que terminara. —Clarkson...

Las lágrimas de rabia brillaban en sus ojos mientras continuaba. —Nunca lo digas, ¿entiendes?

Levanté las manos a su cara, y se estremeció. Me detuve y lo intente de nuevo, moviéndome aún más lento esta vez. Sus mejillas estaban calientes, ligeramente teñidas de sudor.

—No hay nada que pueda decir —prometí.

Su respiración era tan rápida.

—Por favor, siéntate —insistí. Dudó—. Sólo por un momento.

Él asintió.

Lo llevé a una silla y me instalé en el suelo junto a él. —Pon la cabeza entre las rodillas y respira.

Me miró inquisitivamente, pero obedeció. Le puse la mano en la parte posterior de la cabeza, pasando los dedos por su pelo y por su cuello.

—Los odio —susurró—. Los odio.

—Shhh. Trata de calmarte.

Levantó la mirada. —Lo digo en serio. Los odio. Cuando sea rey, los enviaré lejos.

—Esperemos que no al mismo lugar —murmuré.

Tomó aliento. Y luego se echó a reír. Era una risa genuina de profundidad, del tipo que no se puede parar incluso si quieres. Así que podía reír. Estaba enterrado, eso era todo, escondido detrás de todas las otras cosas que tenía que sentir y pensar y gestionar. Tenía mucho más sentido ahora, y nunca tomaría una de sus sonrisas por sentado de nuevo.

Esas debieron ser mucho para él.

—Es un milagro que no hayan derribado el palacio. —Suspiró, finalmente calmándose.

Arriesgando a que pierda el control de nuevo, me atreví a hacerle una pregunta. —¿Ha sido siempre así?

Él asintió. —Bueno, no tanto cuando era pequeño. No se soportan ahora. Nunca he averiguado de dónde vino. Los dos son fieles. O, si tienen amantes, están haciendo un trabajo excelente en ocultarlos. Tienen todo lo que necesitan, y mi abuela me dijo que solían estar muy enamorados. No tiene ningún sentido.

—Es una posición difícil. La de ellos. La tuya. Es posible que simplemente les ocurriera —ofrecí.

—¿Así que es eso, entonces? ¿Voy a ser él, mi esposa será ella, y con el tiempo explotaremos?

Extendí la mano y la puse en su cara de nuevo. No se inmutó esta vez. En cambio, él se inclinó hacia mi toque. Aunque sus ojos todavía estaban marcados por la preocupación, parecía estar aliviado por ello.

—No. No tienes que ser algo que no quieres ser. ¿Te gusta el orden? Entonces planifica, prepara. Imagina al rey, marido y padre que quieres ser, y lo que sea necesario para llegar allí.

Me miró, casi con compasión. —Es adorable que pienses que eso es todo lo que se necesita.

Capítulo 5

Traducido por Majo
Corregido por Annabrch

Yo nunca había tenido un examen físico antes. Me di cuenta de que si me convierto en princesa, estos probablemente se convertirían en una parte regular de mi vida, y eso me horrorizó.

El Dr. Misión era amable y paciente, pero todavía no me sentía cómoda dejando a un extraño verme desnuda. Él tomó mi sangre, hizo numerosos rayos X, y chequeo todo de mí, en busca de cualquier cosa que pudiera estar mal.

Me sentía agotada cuando me fui. Por supuesto, yo no había dormido bien, y eso no ayudaba. El príncipe Clarkson me había dejado en mi puerta con un beso en la mano. Y entre estar eufórica por el tacto y preocupada por cómo se sentía, me llevó una eternidad conciliar el sueño.

Entré en la Habitación de las Mujeres, un poco nerviosa por ver a la Reina Abby a los ojos. Me preocupaba que ella pudiera tener una marca visible sobre ella en algún lugar. Por supuesto, ella podría haber sido quien golpeo al rey. No estaba segura de querer saberlo.

Pero estaba segura que no quería que nadie más lo hiciera.

Ella no estaba allí, así que fui a sentarme con Madeline y Bianca.

—Hey, Amberly. ¿Dónde estabas esta mañana? —preguntó Bianca.

—¿Enferma de nuevo? —Madeline siguió.

—Sí, pero estoy haciéndolo mucho mejor ahora. —No estaba segura de si la condición física era un secreto o no, pero decidí que la discreción era lo mejor por ahora.

—Bien, ¡porque te has perdido todo! —Madeline se inclinó y susurró—. Hay rumores de que Tia durmió con Clarkson anoche.

Mi corazón se hundió. —¿Qué?

—Mírala. —Bianca echó un vistazo por encima de su hombro hacia donde Tia estaba sentada con Pesha y Marcy cerca de la ventana—. Mira cómo de petulante se ve.

—Eso va contra las reglas —dije—. Va en contra de la *ley*.

—Punto difícil. —susurró Bianca—. ¿*Tú* lo rechazarías?

Pensé en la forma en que me había mirado anoche, la forma en que sus dedos se habían deslizado en la superficie de la mesa. Bianca estaba en lo cierto; Yo no habría dicho que no.

—¿Es cierto, sin embargo? ¿O sólo un rumor? —Después de todo, él había estado conmigo durante gran parte de la noche. No toda, sin embargo. Había un montón de horas vacías entre dejarme y aparecer, para el desayuno.

—Ella está siendo muy reservada sobre todo el asunto —se quejó Madeline.

—Bueno, en realidad no es asunto nuestro. —Recogí las cartas de juego que al azar habían lanzado con una honda alrededor de la mesa y empecé a barajarla.

Bianca echó atrás la cabeza y suspiró ruidosamente, y Madeline puso su mano sobre la mía. —Es nuestro asunto. Cambia todo el juego.

—Esto no es un juego —contesté—. No para mí.

Madeline estaba a punto de decir algo más, pero la puerta se abrió de golpe. La Reina Abby paso la puerta, viéndose furiosa.

Si tenía un moretón en ella, lo había escondido muy bien.

—¿Quién de ustedes es Tia? —exigió. El cuarto entero miró hacia la ventana donde Tia se sentaba congelada, tan pálida como una hoja—. ¿Y bien?

Tia levantó lentamente su mano, y la reina se dirigió de nuevo a ella, con los ojos llenos de ira. Esperaba cualquier reproche que Tia estaba a punto recibir, la

reina la escoltaría fuera de la habitación para ello. Desafortunadamente, ese no era el plan.

—¿Te has acostado con mi hijo? —preguntó ella, sin molestarse en ser discreta en absoluto.

—Su Majestad, es un rumor. —Su voz era apenas un chillido, pero la habitación se aquietó hasta tal punto de que era consciente de las respiraciones de Madeline.

—¡Del que no has hecho nada para detener!

Tia tartamudeó, empezando tal vez cinco diferentes frases antes de elegir una. — Si usted deja a los rumores ser, morirán eventualmente. Negar algo con vehemencia siempre implica culpabilidad.

—Entonces, ¿niegas esto o no?

Atrapada.

—Yo no lo hice, mi reina.

Si ella decía la verdad o si mentía, no pensé que importara. El destino de Tia fue sellado antes de que se dijera una palabra.

La reina Abby agarró a Tia por un puñado de pelo y empezó a tirar de ella hacia la puerta.

—Te vas ahora mismo.

Tia gritó de dolor y protestó. —Pero sólo el Príncipe Clarkson puede hacer eso, Majestad. Está en las normas.

—¡Solo si no estás siendo una puta! —gritó la reina a cambio. Tia perdió el equilibrio y cayó de manera que la reina estaba, literalmente, sosteniéndola en el aire por su pelo. Tropezó para mantenerse a la altura mientras la Reina Abby la empujaba al suelo en el pasillo. —¡VE! ¡TE!

Ella cerró la puerta e inmediatamente se dirigió al resto de nosotras. Se tomó su tiempo observándonos con sus ojos sobre nuestras caras, asegurándose de que supiéramos su poder.

—Quiero dejar algo muy claro —comenzó ella tranquilamente, deslizándose por entre las sillas y sofás de las chicas, viéndose gloriosa y terrible a la vez—. Si una de ustedes, mocosas piensa que puede venir a mi casa y tomar mi corona, se equivoca.

Ella se detuvo frente a un grupo de chicas cerca de la pared. —Y si piensan que pueden actuar como basura y aún así llegar al trono, piénsenlo de nuevo. —Clavó un dedo en la cara de Piper—. ¡No voy a estar aguantándolo!

La cara de Piper fue echada hacia atrás por la fuerza de los dedos de la reina, pero ella no reaccionó ante el dolor hasta después de que la reina Abby había pasado.

—Yo soy la reina. Y yo soy amada. Si quieren casarse con mi hijo y vivir en mi casa, ustedes deberán ser todo lo que digo que deban ser. Obediente. De buen gusto. Y silenciosas.

Ella se abrió paso a través de las mesas y se detuvo frente a Bianca, Madeline, y yo. —A partir de ahora su único trabajo es aparecer, ser una dama, sentarse allí, y sonreír.

Sus ojos se encontraron con los míos mientras terminaba su discurso, y, estúpidamente, pensé que era una orden. Entonces sonreí. La reina no le hizo gracia, y ella se echó hacia atrás y golpeó mi cara.

Dejé escapar un gruñido y caí en la mesa. No me atrevía a moverme.

—Tienes diez minutos para limpiar esto. Ustedes van a recibir el resto de sus comidas en sus habitaciones hoy. No quiero oír ni un pío de ninguna de ustedes.

Oí la puerta cerrarse pero todavía tenía que comprobar. —¿Se ha ido?

—Sí. ¿Estás bien? —preguntó Madeline, viniendo a sentarse delante de mí.

—Mi cara se siente como si fuera a estallar —Me levanté, pero el latido de mi mejilla pulsó bajando por mi cuerpo.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Bianca—. Se puede ver su huella.

—¿Piper? —La llame—. ¿Dónde está Piper?

—Aquí —dijo entre lágrimas. Me puse de pie, y ella ya estaba caminando hacia mí.

—¿Tu rostro está bien? —pregunté.

—Me duele un poco. —Se pasó la mano por el lugar donde la reina la había empujado, y pude ver la forma de media luna de su uña.

—Hay una pequeña marca, pero un poco de maquillaje debe cubrirlo.

Ella cayó en mis brazos, y nos abrazamos.

—¿Qué se le metió? —preguntó Nova, expresando todos nuestros pensamientos.

—Tal vez es muy protectora con su familia. —Ofreció Skye.

Cordaye resopló. —No es como que si no hubiésemos visto la forma en que bebe. Podía olerlo en ella.

—Ella es siempre tan agradable en la televisión. —Kelsa se sostuvo sí misma, confundida por todo el asunto.

—Escuchen —dije—, una de nosotras sabrá lo que se siente ser reina. Incluso desde el exterior, la presión parece inmanejable. —Me detuve de frotar mi mejilla. Estaba ardiendo—. Por ahora, creo que todas deberíamos evitar a la reina tanto como sea posible. Y no mencionar esto a Clarkson. No creo que debamos hablarle mal de su madre, no importa lo que haya hecho, sería bueno para cualquiera de nosotras..

—¿Se supone que debemos ignorar esto? —preguntó Neema indignada.

Me encogí de hombros. —No puedo obligarte. Pero eso es lo que voy a hacer.

Empujé a Piper cerca de nuevo, y todas nos pusimos de pie allí, en silencio. Yo esperaba tal vez formar lazos con estas chicas sobre la música que nos gustaba o aprendiendo a aplicar maquillaje. Nunca me imaginé que sería un miedo unánime el que nos atara como hermanas.

Capítulo 6

Traducido por America_12

Corregido por NataliCQ

Decidí que nunca debería preguntarle. Si el Príncipe Clarkson era íntimo con Tia, no quería saber. Y si no lo eran y le preguntaba, sería como romper nuestra confianza antes de que incluso la construyéramos. Lo más probable es que no se tratara de un rumor, sin duda iniciado por Tia para intimidar al resto de nosotras, y mirar a donde la llevaba.

Estas cosas era mejor ignorarlas.

Lo que no podía pasar por alto era el dolor punzante en mi cara. Horas después de que la reina me golpeó, mi mejilla seguía estando roja y pulsando de dolor.

—Es hora de hielo nuevo —dijo Emon, dándome otra manta.

—Gracias. —Le entregue la vieja.

Cuando regresé a mi habitación pidiendo algo para aliviar el dolor, mis doncellas preguntaron qué chica de la Selección me había golpeado, prometiendo que irían inmediatamente al príncipe. Les había dicho varias veces que no había sido ninguna de las chicas. Un sirviente no haría eso. Y tanto como ellas sabían, yo había estado en la habitación de las Mujeres durante toda la mañana, por lo que sólo quedaba una opción.

No preguntaron. Lo sabían.

—Escuché mientras estaba trayéndote hielo que la reina estará tomando unas breves vacaciones sola la próxima semana —dijo Martha, sentada en el suelo junto a mi cama. Me senté frente a la ventana, mi vista dividida por igual entre la pared del palacio y el cielo abierto.

—¿Lo hiciste?

Sonrió. —Parece que el número de visitantes ha destrozado sus nervios, por lo que el rey le ha pedido que tome un poco de tiempo para sí misma.

Rodé los ojos. Él grita sobre vestidos caros, y luego la envía de vacaciones. No me puedo quejar, sin embargo. Una semana sin ella se siente como el cielo ahora mismo.

—¿Todavía te duele? —preguntó.

Aparté la mirada y asentí.

—No se preocupe, señorita. Al final del día, todo se habrá ido.

Quería decirle que el dolor no era el verdadero problema. Mi verdadera preocupación era que esto era una señal de lo mucho que la vida como una princesa podría ser en el mejor de los casos. En el peor, sería horrible.

Lo entendía por lo que sabía. El rey y la reina se amaban entre sí hasta un punto, pero ahora trabajaban para contener su odio. La reina era una bebedora y se consume por poseer la corona. El rey, por lo menos, estaba al borde de un colapso. Y Clarkson...

Clarkson estaba haciendo su mejor esfuerzo para estar resignado, tranquilo, controlado. Pero debajo de eso, su risa era la de un niño. Y cuando se rompió, fue un milagro que lograra encontrar todas las piezas de sí mismo de nuevo.

No era como si yo estuviera extrañamente sufriendo. En casa he trabajado hasta el punto del agotamiento. Tuve que soportar una tensión sofocante. A pesar de que ser un Cuatro debería ofrecer cierto nivel de seguridad, vivía cerca de la pobreza.

Esta sería una nueva dificultad para soportar. Eso era, por supuesto, si el príncipe Clarkson me elegía.

Pero eligiéndome significaba que me amaba, ¿verdad? ¿Y eso no debía hacer que valiera la pena?

—¿Qué está pensando, señorita? —preguntó Martha.

Sonreí y tomé su mano. —El futuro. Lo cual no tiene sentido, supongo. Lo que viene vendrá.

—Usted es un ser dulce, señorita. Él tendría suerte de tenerla.

—Y yo sería afortunada de tenerle.

Era cierto. Él era todo lo que siempre quise. Eran todas las cadenas unidas a él las que me asustaban.

Danica se deslizó en otro par de zapatos de Bianca. —¡Ajustan perfecto! De acuerdo, me quedo con estos, y te llevaras mis azules.

—Hecho. —Bianca estrechó la mano de Danica y sonrió de oreja a oreja.

Nadie nos dijo que nos quedaríamos fuera de la habitación de las Mujeres el resto de la semana, pero todas las chicas optaron por hacer precisamente eso. En su lugar, nos reunimos en grupos y saltamos de un dormitorio a otro, probándose ropa de otra persona y hablando de la manera que siempre lo hicimos.

Excepto que era diferente. Sin la reina alrededor, las chicas se convirtieron en... bueno, chicas. Todo el mundo parecía un poco más ligero ahora. En lugar de preocuparse por el protocolo, o ser perfectamente elegantes, dejamos de ser las personas que éramos antes de que nuestros nombres fueran seleccionados, las chicas que éramos en casa.

—Danica, creo que estamos cerca del mismo tamaño. Apuesto a que tengo los vestidos que quedarían con esos zapatos —ofrecí.

—Tomaré eso. Tienes uno de buena clase. Además, Cordaye. ¿Has visto las cosas que sus doncellas hacen?

Suspiré. No sabía lo que hicieron, pero las criadas de Cordaye hacen tela que cae de manera que no veo en nadie más. Los vestidos de Nova también son un punto por encima de todas las demás. Me pregunté si la que gane la Selección podrá elegir sus criadas. Dependo de Martha, Cindly y Emon tanto, no podía imaginar estar aquí sin ellas.

—¿Sabes sobre qué es extraño pensar? —dije.

—¿Qué? —respondió Madeline, hurgando en el joyero de Bianca.

—Un día, no va a ser así. Finalmente, una de nosotros estará aquí sola.

Danica se sentó conmigo en la mesa de Bianca. —Lo sé. ¿Crees que eso es parte de la razón por la que la reina esta tan enojada? Tal vez ella ha estado sola demasiado tiempo.

Madeline negó con la cabeza. —Creo que es por la selección. Ella podría tener a alguien permaneciendo como huésped si quisiera. Podría mover toda una familia al palacio si quisiera.

—No si molesta al rey —respondió Danica.

—Cierto. —Madeline cerró la caja—. No puedo obtener una lectura del rey. Él es desinteresado por todo. ¿Crees que Clarkson será así?

—No —contesté, sonriendo para mis adentros—. Clarkson es su propia persona.

Nadie añadió a la discusión, y levante la mirada para encontrar la sonrisa diabólica de Danica.

—¿Qué?

—Lo has entendido mal —dijo ella, casi como si sintiera lástima por mí.

—¿Qué quieres decir?

—Estas enamorada de él. Podrías averiguar mañana que él patea cachorros por diversión, y tú todavía estarías embobada por él.

Me senté un poco más erguida. —Él podría casarse conmigo. ¿No debería amarlo?

Madeline se rió entre dientes, y Danica siguió adelante—: Bueno, sí, pero es la forma en que actúas, como si hubieras estado enamorada de él por siempre.

Me sonrojé y traté de no pensar en el tiempo que robé cambio del monedero de mamá para comprar un sello con su cara. Todavía lo tengo en un pedazo de papel rugoso y lo utilizó como un marcapáginas.

—Lo respeto —me defendí—. Es el príncipe.

—Es más que eso. Recibirías una bala por él si pudieras.

No respondí.

—¡Lo harías! ¡Oh Dios mío!

Me puse de pie. —Voy a tomar algunos de esos vestidos. Vuelvo enseguida.

Traté de no tener miedo de los pensamientos en mi cabeza. Porque si se trataba de elegir entre él o yo, no pensé que sería capaz de no ponerlo en primer lugar. Él era el príncipe, y su vida era muy valiosa para el país. Pero más que eso, era muy valiosa para mí.

Me encogí de hombros con el distante pensamiento.

Además, no era como si alguna vez fuera a suceder.

Capítulo 7

Traducido por Val3
Corregido por Pagan

Las cegadoras luces en el estudio siempre se tomaban algo de tiempo para ajustarse. Añadiendo el peso del enjoyado vestido que mis criadas insistieron que vistiera para el *Report* haciendo la hora casi inaguantable.

El nuevo reportero estaba entrevistando a las chicas. Aún quedaban suficientes de nosotras que hacia fácil saltarse, y, por el momento, esa era mi meta. Pero, si me hacían una pregunta, no sería tan malo que viniera de Gavril Fadaye.

El locutor real, Barton Allory, se retiró la noche en la que las nuevas candidatas de la Selección fueron reveladas, compartiendo el momento con su reemplazo. Con veintidós años, de una línea de Dos y personalidad brillante, Gavril era fácil de gustar. Estaba triste de ver a Barton irse... pero no tan triste.

—Lady Piper, ¿qué cree usted que el rol primario de la princesa debería ser? —preguntó Gavril, el brillo de sus dientes haciendo que Madeline me diera un suave codazo en el brazo.

Piper le dio una sonrisa ganadora y tomó una respiración. Entonces otra. Luego el silencio se volvió incómodo.

Fue cuando me di cuenta de que deberíamos estar ligeramente aterrorizadas de esa pregunta. Lancé mis ojos a la reina, quien se iría en un vuelo al momento en que las cámaras se apagarán. Ella estaba viendo a Piper, retándola a hablar antes de que nos advirtiera quedarnos en silencio.

Verifiqué el monitor, y el miedo en su cara era doloroso de ver.

—¿Piper? —susurró Pasha a su lado.

Piper finalmente sacudió la cabeza.

Los ojos de Gavril dijeron que estaban buscando una manera de salvar esto, de *salvarla*. Barton habría sabido que hacer, seguro. Gavril era demasiado nuevo.

Levanté mi mano, y Gavril me miró, agradecido.

—Tendremos una gran conversación sobre esto otro día. Supongo que Piper simplemente no sabe por dónde empezar —reí, y algunas de las otras chicas también—. Todos estamos de acuerdo en que nuestro primer deber es para el príncipe. Servirle a él es servirle a Illéa, y quizás parezca una extraña descripción para un trabajo, pero nosotras haciendo nuestra parte le permite al príncipe hacer la suya.

—Bien dicho, Lady Amberly —Gavril sonrió e hizo otra pregunta.

No miré a la reina. En su lugar, me centré en sentarme derecha mientras la punzada de dolor de cabeza empezaba. ¿Quizás eran causados por el estrés? Pero que si este era el caso, ¿entonces por qué me daban sin razón alguna en ocasiones?

Noté en los monitores que todas las cámaras estaban centradas en mí e incluso en mi fila, así que me permití sobarme tentativamente mi frente. De todas las cosas, podía decir que mis manos se estaban suavizando. Quería apoyar mi cabeza en mi brazo, pero eso no era posible. Incluso si las groserías fueran perdonadas, el vestido no me permitiría hacerlo.

Me levanto, centrándome en mi respiración. El dolor de cabeza estaba creciendo, pero meforcé en quedarme erguida. Trabajé sintiéndome enferma antes, y bajo peores condiciones. *Esto es nada*, me dije. *Todo lo que tengo que hacer es sentarme.*

Las preguntas parecieron durar para siempre, a pesar de que no pensé que Gavril había hablado con todas las chicas. Eventualmente, las cámaras pararon de filmar. Recordé entonces que todavía no había terminado. Aún faltaba la cena antes de que pudiera volver a mi habitación, y eso normalmente duraba una hora.

—¿Estás bien? —preguntó Madeline.

Asentí.

—Cansada probablemente.

Giramos nuestras cabezas hacia el sonido de una risa. El príncipe Clarkson estaba hablando con una de las chicas en la fila del frente

—Me gusta su cabello esta noche —comentó Madeline.

Sostuvo un dedo hacia las mujeres con las que había estado hablando y rodearon la multitud, sus ojos en mí. Hice una pequeña reverencia cuando se acercó, y mientras me levantaba, sentí su mano en mi espalda, juntándonos y manteniendo nuestras caras lejos de los demás.

—¿Estás enferma?

Suspiré.

—Estoy cansada de ocultarlo. Mi cabeza está palpitando. Simplemente necesito acostarme.

—Toma mi brazo —sostuvo su codo hacia mí, y yo envolví mi mano a su alrededor—. Sonríe.

Levanté mis labios. A pesar de la incomodidad, era más fácil con él aquí.

—Muy generoso de usted al honrarme con su presencia —dijo él, solo lo suficientemente alto como para que las chicas que estaban cerca pudieran escuchar—. Estoy tratando de recordar cual es el postre que más le gusta.

No respondí pero continué viéndome feliz mientras salíamos del estudio. Dejé mi sonrisa caer una vez que salimos por la puerta, y cuando llegamos al final del pasillo, Clarkson me detuvo.

—Vamos a buscarte un doctor.

Cerré mis ojos. Me estaban dando nauseas de nuevo, y todo mi cuerpo estaba empezando a sentirse pegajoso. Pero me sentí más cómoda en sus brazos de lo que estaría en una silla o una cama. Incluso con todo el balanceo, poner mi cabeza en su hombro se sintió como la mejor cosa en el mundo.

Una nueva enfermera estaba en el ala del hospital, pero ella solo fue amable mientras ayudaba a Clarkson a meterme en la cama, con mis piernas sobre una almohada.

—El doctor está durmiendo —dijo—. Estuvo despierto toda la noche y la mayor parte del día con dos criadas diferentes, ayudándolas con el parto. ¡Dos siameses! Solo en quince minutos.

Sonreí ante las buenas noticias.

—No hay necesidad de molestarlo —le dije—. Es solo un dolor de cabeza, ya se irá.

—Tonterías —respondió Clarkson—. Envían a una criada a que traiga nuestras cenas aquí. Esperaremos por el Dr. Mission.

La enfermera asintió y salió.

—No necesitabas hacer eso —susurré—. Ha tenido una noche dura, y estaré bien.

—Estaría descuidado si no me asegurara de que fueras propiamente tratada.

En mi cabeza traté de convertir esas palabras en algo romántico, pero sonó más como si se sintiera obligado a hacerlo. Aun así, si quisiera hacerlo, podría haberse ido a cenar con las demás. En lugar de eso, eligió quedarse conmigo.

Tomé mi cena, no queriendo ser grosera, pero mi cabeza seguía haciéndome sentir enferma. La enfermera trajo algo de medicina para mí, y para el momento en el que el Dr. Mission vino, su cabello estaba húmedo por una ducha, me sentía mucho mejor. El dolor era más como un pequeño pulso que una campana sonando.

—Lo siento por la demora, Su Alteza —dijo con una reverencia.

—No hay problema —respondió el Príncipe Clarkson—. Hemos estado disfrutando una encantadora comida en su ausencia.

—¿Cómo está su cabeza, señorita? —el Dr. Mission tomó mi muñeca en sus dedos para chequear mi pulso.

—Mucho mejor. La enfermera me dio algo de medicina, y eso hizo un mundo mejor.

Puso una pequeña luz frente a mis ojos.

—Quizás deberías tomar algo a diario. Sé que intentas arreglarlos una vez que empiezan, pero tal vez nosotros seamos capaces de detenerlos para que no vuelvan. No muy certero, pero veré que puedo traerte.

—Gracias —puse mis brazos sobre mi regazo—. ¿Cómo están los bebés?

El doctor sonrió de alegría.

—Absolutamente perfectos. Saludables y gordos.

Sonreí, pensando en las dos nuevas vidas que empezaron hoy en el palacio. ¿Serían mejores amigos, quizás? ¿Y crecerán diciéndoles a todos la historia sobre cómo fueron concebidos tan cerca del otro?

—Hablando de bebés, quería discutir algo de los resultados examen físico.

Todo el humor se fue de mi cara, dejó todo mi cuerpo. Me senté aún más recta, preparándome. Podía leer en su expresión que estaba a punto de ser sentenciada a algo.

—Tus exámenes mostraron diferentes toxinas en tu sangre. Si están así por estar lejos de tu provincia, mi suposición es que los niveles están mucho más altos que cuando estabas allá. Ahora, para algunas personas no sería un problema. El cuerpo responde, se ajusta y puede vivir sin los efectos secundarios que vienen. Basándonos en lo que nos dijiste sobre tu familia, diría que dos de tus hermanos están haciendo eso.

—Pero ninguna de tus hermanas tienen sangrado nasal, ¿correcto?

Asentí.

—¿Te dan constantes dolores de cabeza?

Asentí de nuevo.

—Sospecho que tu cuerpo no está tomando estas toxinas. Entre los exámenes y algo más de las cosas personales que me has dicho, creo que están atados a tu cansancio, náusea y el dolor continuará, probablemente por el resto de tu vida.

Suspiré. Bueno, eso no fue tan mal como esperaba. Y al menos Clarkson no parecía incómodo por mi condición.

—También tengo razones para estar preocupado por tu salud reproductiva.

Lo miré, con los ojos amplios. En mi periferia, noté a Clarkson cambiar de posición.

—¿Pero... pero por qué? Mi madre tuvo cuatro hijos. Y ella y mi padre vienen de una larga línea familiar. Simplemente me canso, eso es todo.

El Dr. Mission recobró su compostura, clínico, como si no fuera a discutir las partes más personales de mi vida.

—Sí, y mientras la genética ayuda, basada en los exámenes, parece que tu cuerpo sería... un hábitat no favorable para un feto. Y cualquier niño que posiblemente puedas concebir... —hizo una pausa, moviendo sus ojos hacia el príncipe antes volver a mirarme—... podría ser no apto para... ciertas tareas.

Ciertas tareas. Como no ser lo suficientemente inteligente, lo suficientemente saludable o lo suficientemente buena para ser princesa.

Mi estómago rodó.

—¿Está seguro? —pregunté débilmente.

Los ojos de Clarkson miraron al doctor por una confirmación. Supuse que esto era información vital para él.

—Ese sería el mejor caso. Si te las arreglas para concebir.

—Disculpe —salté de la cama y corrí hacia el baño cerca de una de las alas del hospital, me arrojé hacia un puesto y finalmente drené cada última cosa en mi cuerpo.

Capítulo 8

Traducido por America_12

Corregido por Emmie

Pasó una semana. Clarkson no hizo más que mirarme. Me partió el corazón. Me había tontamente dejado creer que era posible. Después de nuestra primera conversación, parecía como si hubiera salido de su camino para verme, para cuidar de mí.

Es evidente lo que había pasado.

Estaba segura de que uno de estos días Clarkson me enviaría a casa. En algún momento mi corazón se arreglaría. Si tenía suerte, conocería alguien nuevo, ¿y que debía decirle? No ser capaz de crear un digno heredero del trono era algo teórico, uno lejano quizás. ¿Pero no ser capaz de crear cualquier niño sano? Era demasiado difícil de soportar.

Comía sólo cuando pensaba que las personas estaban viendo. Dormía sólo cuando estaba demasiado cansada como para no hacerlo. Mi cuerpo no se preocupaba por mí, así que, ¿por qué me preocupaba por ello?

La reina regresó de sus vacaciones, los reportes continuaban, los días de estar sentadas como muñecas rodaron a ciegas uno tras otro. No era nada para mí.

Estaba en la Habitación de las Mujeres, sentada junto a la ventana. El sol me recordó Honduragua, aunque era más seco aquí. Me senté orando, pidiendo a Dios que Clarkson me enviara a casa. Estaba demasiado avergonzada para escribirle a mi familia y decirles la mala noticia, pero estar cerca de todas estas chicas y sus aspiraciones de escalar castas lo hicieron peor. Yo tenía límites. No podía esperar por eso. Por lo menos en casa no tendría que pensar más en ello.

Madeline se puso detrás de mí y frotó su mano en mi espalda. —¿Estás bien?

Reuní una débil sonrisa. —Sólo cansada. Nada nuevo.

—¿Estás segura? —Ella se alisó el vestido mientras estaba sentada—. Pareces... diferente.

—¿Cuáles son tus metas en la vida, Madeline?

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir precisamente eso. ¿Cuáles son tus sueños? Si pudieras obtener el máximo provecho de la vida, ¿qué le pedirías?

Ella sonrió con nostalgia. —Me gustaría ser la nueva princesa, por supuesto. Con toneladas de admiradores, fiestas cada fin de semana y Clarkson en una cuerda. ¿No lo harías tú?

—Ese es un sueño encantador. Ahora, si te preguntaran lo más *insignificante* fuera de esta vida, ¿qué le pedirías?

—¿Lo más insignificante? ¿Por qué iba alguien a ir por lo más insignificante que ellos pudieran tener? —Ella sonrió, bromeando, aunque no entendía.

—Pero ¿no debería haber algo insignificante? ¿No debería haber algo menos importante que te dé la vida? ¿Es demasiado pedir un trabajo que no odies, o alguien para tener y mantener realmente? ¿Es demasiado pedir un niño? ¿Incluso uno que algunos llamarían defectuoso? ¿No podría al menos tener eso? —Mi voz se rompió, y puse mis dedos sobre mi boca, como si mis huesos diminutos serían lo suficiente para detener el dolor.

—¿Amberly? —susurró Madeline—. ¿Qué pasa?

Negué con la cabeza. —Realmente, sólo necesito descansar.

—No deberías estar aquí ahora. Déjame llevarte a tu habitación.

—La reina va a molestar.

Ella se rió entre dientes una vez. —¿Cuándo no se molesta?

Suspiré. —Cuando está borracha.

La risa de Madeline esta vez fue más ligera y real, y se tapó la boca con la esperanza de evitar la atención. Verla así ayudó a mi estado de ánimo, y cuando se puso de pie, era más fácil de seguir.

No hizo más preguntas, pero pensé que podría contarle antes de irme. Sería bueno tener a alguien que lo sepa.

Cuando llegamos a mi habitación, me di vuelta y la abracé. Me tomó mi tiempo dejarla ir, y ella no me apresuró. Para ese momento conseguí lo menos que necesitaba en la vida.

Me acerqué a la cama, pero antes de arrastrarme, me caí de rodillas y doblé mis manos en oración.

—¿Estoy pidiendo demasiado?

Pasó otra semana. Clarkson envió a dos chicas a casa. Deseé con todo lo que estaba en mí misma que hubiera sido yo.

¿Por qué no fui yo?

Sabía que Clarkson tenía bordes ásperos, pero no creo que sea cruel. No creía que él fuera a burlarse de mí por una posición que nunca tendría.

Me sentí como si estuviera sonámbula, pasando por los movimientos de la competencia como un fantasma deambulando en sus últimos pasos una y otra vez. El mundo se sentía como una sombra de sí mismo, y yo caminaba a través de él, fría y cansada.

No pasó mucho tiempo para que las chicas dejaran de hacer preguntas. De vez en cuando sentía el peso de sus ojos en mí. Pero me movía fuera de su alcance, y parecían entender que era mejor que no se molestaran. Me agoté con la noticia de la reina... Me agoté por las noticias de todo el mundo, y no me importó demasiado estar allí, a solas con mis preocupaciones.

Podría haberme quedado así para siempre. Pero un día, un día en el cual estaba tediosa y cansada como cualquiera de los otros que habían pasado, me habría ido tan lejos que no me di cuenta que el comedor estaba despejado. Nada registrado hasta que un señor estaba de pie frente a mí al otro lado de la mesa.

—Estás enferma.

Mis ojos se dirigieron hacia Clarkson y los aparté casi tan rápido.

—No, sólo he estado más cansada de lo usual últimamente.

—Estás delgada.

—Te lo dije, he estado cansada.

Él dio un puñetazo en la mesa y me sobresalté, mirándolo a la cara de nuevo. Mi corazón dormido no sabía qué hacer con sí mismo.

—No estás cansada. Estás de mal humor —dijo con firmeza—. Entiendo por qué, pero hay que superarlo.

¿Superarlo? ¿Superarlo?

Mis ojos se llenaron de lágrimas. —Con todo lo que sabes, ¿cómo puedes ser tan malo conmigo?

—¿Malo? —replicó, casi escupiendo la palabra—. Esta es la bondad, te tira del borde del abismo. Vas a matarte a ti misma así. ¿Qué demostraría? ¿Qué hará que incluso lo consigas, Amberly?

Por tan dura como sus palabras eran, su voz parecía acariciar mi nombre.

—¿Te preocupa no tener un hijo? ¿Y qué? Si estás muerta, no hay ninguna posibilidad en absoluto. —Tomó el plato delante mío, todavía lleno de jamón , huevos y fruta, y la empujó hacia mí. —Come.

Me sequé las lágrimas de mis ojos y miré la comida. Mi estómago se rebeló sólo al verlo. —Es demasiado pesado. No puedo soportarlo.

Bajó la voz y se acercó. —Entonces, ¿qué puedes soportar?

Me encogí de hombros. —Pan, tal vez.

Clarkson se puso de pie y chasqueó los dedos, llamando a un mayordomo.

—Su Alteza —comenzó con una profunda reverencia.

—Ve a la cocina y trae pan para Lady Amberly. Varios tipos.

—Inmediatamente, señor. —Se dio la vuelta y salió casi corriendo de la habitación.

—Y, por el amor de Dios, ¡trae un poco de mantequilla! —gritó Clarkson a su espalda.

Sentí otra ola de vergüenza. Como si no fuera suficientemente malo que estropear mis posibilidades con cosas que no podía controlar, era aún más humillante arruinarlo con las cosas que sí podía.

—Escúchame —declaró en voz baja. Me las arreglé para mirarlo de nuevo—. No vuelvas a hacer eso otra vez. No me eches un vistazo.

—Sí, señor —murmuré.

Él negó con la cabeza. —Soy Clarkson para ti.

Y valió la pena cada pizca de energía que tomé para que la sonrisa se cruzara por mi cara.

—Tienes que ser impecable, ¿entiendes? Tienes que ser una candidata ejemplar. Hasta hace poco, no creía que alguna vez habría necesidad de decirte eso, pero ahora parece que lo hago: no dar a nadie una razón para dudar de tu competencia.

Me senté allí, aturdida. ¿Qué quiso decir? Si hubiera tenido más claridad en la mente, habría preguntado.

Un momento más tarde, el mayordomo regresó con una bandeja llena de rollos, barras y panes, y Clarkson dio un paso atrás.

—Hasta la próxima vez. —Hizo una reverencia y se fue, sus brazos detrás de su espalda.

—¿Así está bien, mi señora? —preguntó el mayordomo, y arrastré mis ojos cansados a la pila de alimentos.

Asentí con la cabeza, cogí un rollo, y di un mordisco.

Es una cosa extraña descubrir cuánto le importas a la gente que realmente no sabes que le importas. O encontrar que la lenta desintegración de uno mismo hace una versión más pequeña en otras personas.

Cuando le pregunté a Martha si a ella no le importaría traerme un plato de fresas, sus ojos se llenaron. Cuando me reí de una broma que contó Bianca, me di cuenta de que Madeline hizo una especie de jadeo antes de que se uniera. Y Clarkson...

La única vez que me pareció verlo molesto fue esa noche en la que habíamos visto a sus padres pelear, y sentí que volverse un poco desquiciado era su manera de expresar lo mucho que significaban para él. Que se haya puesto tan molesto por mí... no era mi forma preferida de dejarme saber que le importaba. Pero si eso es lo que él sabía, tenía sentido.

Esa noche, cuando me metí en la cama, me prometí dos cosas. En primer lugar, si a Clarkson le importaba mucho, entonces me iba a dejar de tratar a mí misma como una víctima. A partir de ahora, yo era una luchadora. En segundo lugar, yo nunca le iba a dar Clarkson Schreave una razón para enojarse así de nuevo.

Su mundo parecía a una tormenta.

Y yo iba a ser su centro.

Capítulo 9

Traducido por Jazmín
Corregido por Daniel

—**R**ojo —insistió Emon—. Siempre te vez bien de rojo.
—Pero no debería ser tan primario. Tal vez algo más profundo, como un vino. —Cindly sacó otro vestido, mucho más oscuro que el primero.

Suspiré con deleite. —Ese es.

Yo no tenía el fuego que algunas de las otras chicas tenían, y no era la Segunda, pero estaba empezando a pensar que había otras maneras de brillar. Decidí que iba a dejar de vestirme como una princesa y empezar a vestirme como una reina.

No me tomo mucho tiempo darme cuenta de que había una línea trazada entre las dos. A las chicas seleccionadas se les dio estampados florales o vestidos hechos con material de gasa. Los vestidos de reina eran declaraciones, audaces e imponentes. Si mi personalidad no era así, por lo menos mi ropa podría serlo.

Y estaba trabajando en llegar a ser de manera diferente.

Si hubiera pedido volver a Honduragua sería más difícil que, tostar frijoles en el calor todo el día o tratar de tener una postura decente para unas firmes diez horas, habría dicho lo primero. Estaba empezando a preguntármelo ahora.

Fueron las sutilezas que quería dominar, las cosas innombrables que colgaban alrededor de una Elegida. Esta noche, en la *Presentación*, quería verme como la opción obvia. Tal vez si me veía de esa manera, podría sentirme de esa manera.

Cada vez que sentía una pizca de duda, pensaba en Clarkson. No había un enorme, momento decisivo entre nosotros, pero cuando me preocupaba no era suficiente, me aferré a las pequeñas cosas. Él dijo que le gustaba. Me dijo que no había salida. Él podría haberse alejado, pero también había regresado. Eso fue suficiente para darme esperanza. Así que me puse el vestido rojo, tomó una pastilla para prevenir el dolor de cabeza, y me prepare para hacerlo lo mejor posible.

No estábamos exactamente preparadas para cuando nos hicieran o no hicieran preguntas o tener un debate. Supuse que era parte del proceso de la Selección: encontrar a alguien que pudiera pensar. Así que me quedé decepcionada cuando terminó la *Presentación*

sin que nosotras tuviéramos la oportunidad de hablar. Me dije que no debía molestarme. Habría otras oportunidades. Pero mientras que todas a mí alrededor suspiraron con alivio, yo estaba deprimida.

Clarkson se acercó, reaccione enderezándome. Él venía en esta dirección. Iba a llevarme a una cita. ¡Lo sabía! ¡Lo sabía!

Pero se detuvo frente de Madeline. Le dijo al oído, y ella se rió mientras que le hacía un gesto entusiasta. Le tendió una mano, permitiéndole moverse hacia delante, pero antes de que la siguiera, se agachó de nuevo y murmuró en mi mejilla.

—Espera por mí.

Se fue, sin mirar atrás. Pero no hizo falta.

—¿Segura que no necesita nada más, señorita?

—No, Martha, gracias. Estaré bien.

Atenué las luces de mi habitación, pero deje mi vestido puesto. Casi pido algún postre, pero sentía que él ya había comido.

No estaba segura de por qué, pero me sentía caliente por todas partes, como si mi piel estuviera tratando de decirme que esta noche importaba. Quería que fuera perfecta.

—¿Me mandarás a buscar, naturalmente? No debes estar sola en la noche.

Tome sus manos, y ella no dudó en dejar que las sostuviera. —Tan pronto como el príncipe se vaya, te llamare.

Martha asintió y apretó mis manos antes de dejarme sola.

Corrí al cuarto de baño, comprobado mi pelo, cepillar mis dientes, y enderezar mi vestido. Necesitaba calmarme. Cada centímetro de mi piel estaba despierto, esperando por él.

Me senté en mi mesa, concentrándome en mis dedos, palmas, muñecas. Codos, hombros, cuello. Fui pieza por pieza, tratando de calmarme. Por supuesto, todo estaba siendo perfectamente inútil cuando Clarkson llamó a la puerta.

Él no esperó a que respondiera. Entro. Me puse de pie para saludarlo, y tuve la intención de hacer una reverencia, pero había algo en sus ojos que me dejó perpleja. Lo observe cruzar el piso, su mirada decidida.

Puse mí en mi estómago, para calmar las mariposas en mi interior. No se detuvieron.

Sin decir una palabra, levantó una mano hacia mi mejilla, moviendo mi cabello hacia atrás, luego moviéndose bajo mi barbilla. Hubo un atisbo de sonrisa en su rostro, justo antes de inclinarse.

Al crecer, me había imaginado cientos primeros besos con Clarkson. Aparentemente, no soñé lo suficientemente en grande.

Él me guió, sosteniéndome hacia él. Pensé que tal vez di un paso en falso o tropecé, pero de alguna manera mis manos estaban en su cabello, apretándome a él tan fuerte como

lo estaba él de mí. Se inclinó y me curve hacia él, gratamente sorprendida de lo bien que encajábamos.

Esto era la alegría. Esto era el amor. Tantas palabras de escuchar sobre el o leer sobre el, y ahora... ahora yo lo conocía.

Cuando finalmente se apartó, no había más mariposas o tintineos de nervios. Una completamente nueva sensación estaba pulsando a través de mi piel.

Nuestra respiración era rápida, pero eso no le impidió hablar.

—Te veías impresionante esta noche. Pensé que deberías saberlo. —Sus dedos se deslizaron por mis brazos, a través de mi clavícula, y hasta mi cabello—. Absolutamente impresionante.

Me besó una vez más y se alejó, deteniéndose para darme una última mirada desde la puerta.

Me acerqué a la cama y caí sobre ella. Quise llamar a Martha y lograr que me ayudara a salir de mi vestido, pero me sentí tan hermosa, que solo lo deje así.

Capítulo 10

Traducido por NataliCQ
Corregido por Mariela

A la mañana siguiente mi piel podía sentir un hormigueo sin previo aviso. Cada movimiento, cada rose o brisa resucitó ese cálido sentimiento sobre mí, y mi mente vagaba a Clarkson cada vez que sucedía.

Capturé su mirada en el desayuno dos veces, y llevaba una expresión similar de satisfacción en ambos instantes. Se sentía como si un delicioso secreto se estaba cerniendo sobre nosotros.

Aunque ninguno de nosotros estábamos seguros de si los rumores sobre Tia habían sido ciertos, me decidí a tomar su expulsión como una advertencia y mantener la última noche para mí misma. El hecho de que nadie sabía, lo hizo aún mejor, más sagrado de alguna manera, y lo guardé como un tesoro.

El único inconveniente de besar a Clarkson fue que hizo cada momento lejos de él insoportable. Necesitaba volver a verlo, tocarlo de nuevo. Si alguien me hubiera preguntado lo que hice ese día, nunca sería capaz de decirles. Cada respiración era de Clarkson, y nada importó hasta que estuve en mi habitación, vistiéndome para la cena, la promesa de verle la única cosa manteniéndome junta.

Mis doncellas estaban completamente en sintonía con mis pensamientos sobre mi nuevo look, y el vestido de esta noche era aún mejor. Uno color miel, con una cintura alta y un fondo acampanado detrás de mí. Era tal vez un poco demasiado extravagante para la cena, pero me encantó.

Me senté en el comedor, sonrojándose cuando Clarkson me guiñó un ojo. Me hubiese gustado tener una mejor iluminación para poder realmente ver su rostro. Estaba celosa de las chicas del otro lado de la habitación, con toda la luz del día desvaneciéndose cayendo sobre sus hombros a través de las ventanas.

—Esta de mal humor otra vez —murmuró Kelsa en mi dirección.

—¿Quién lo está?

—La reina. Mírala.

Me asomé a la cabecera de la mesa. Kelsa tenía razón. La reina lucía como si el aire mismo estuviera irritándola. Cogió un trozo de patata con el tenedor, lo miró, y lo estrelló de nuevo en el plato.

Vi algunas de las chicas sobresaltarse por el sonido.

—Me pregunto qué pasó —le susurré de vuelta.

—No creo que pase algo. Ella es una de esas personas que no pueden estar contentas. Si el rey la envía en un descanso cada dos semanas, no sería suficiente. No estará satisfecha hasta que todas nos hayamos ido. —Kelsa estaba llena de desprecio por la reina y su disposición irritante. Entendí por qué, por supuesto. Aún así, por el bien de Clarkson, no podía decidirme a odiarla.

—Me pregunto qué hará una vez que Clarkson elija —cuestioné en voz alta.

—No quiero ni pensar en ello. —Kelsa tomó un sorbo de su vaso de sidra espumosa—. Ella es la única cosa que me hace no quererlo.

—No me preocuparía demasiado —bromeé—. El palacio es lo suficientemente grande para que puedas evitarla la mayoría de los días, si así lo deseas.

—¡Excelente punto! —Miró a su alrededor para ver si alguien estaba mirando—. ¿Crees que tengan un calabozo donde podríamos ponerla?

A pesar de mí misma me reí. Si no había dragones para encerrarlos en una jaula, ella estaba lo suficientemente cerca.

Todo sucedió muy rápidamente, lo que supongo era la forma en que estaba destinado a suceder. Vi todas las ventanas romperse casi simultáneamente cuando objetos volaron a través de ellas. Hubo varios gritos agudos de las otras chicas Seleccionadas cuando el cristal llovió, y parecía como si Nova fue golpeada en la cabeza por lo que sea había roto de la ventana encima de ella. Ella se inclinó sobre la mesa, sosteniéndose a sí misma, mientras que algunas trataron de mirar hacia afuera y ver de dónde había venido esto.

Miré las divertidas cosas en el centro del comedor. Parecían latas de sopa muy grandes. Mientras entrecerré los ojos, tratando de descifrar algunos garabatos en el lado de uno de los más cercanos a mí, la lata recta por la puerta estalló, derramando humo en la habitación.

—¡Corran! —gritó Clarkson cuando otra lata explotó—. ¡Salgan!

A pesar de sus problemas, el rey agarró el brazo de la reina y la sacó de la habitación. Vi a dos chicas correr al centro del comedor, y Clarkson las condujo lejos.

En segundos la habitación se llenó de humo negro, y entre eso y los gritos, estaba teniendo un tiempo difícil concentrándome. Me volví, en busca de las chicas que se habían sentado a mi lado. Se habían ido.

Habían corrido, por supuesto. Giré de nuevo, pero estaba instantáneamente perdida en el humo. ¿Dónde estaba la puerta? Tomé una respiración profunda, tratando de calmarme, y en su lugar me encontré ahogándome con el humo. Sentí que era algo peor que el humo simple y llano. Había estado demasiado cerca de una hoguera antes, y esto... esto era diferente. Mi cuerpo se sintió obligado a descansar. Sabía que estaba mal. Quería pelear.

Entré en pánico. Sólo tenía que orientarme. La mesa. Si pudiera encontrar la mesa otra vez, todo lo que tenía que hacer era girar a la derecha. Lancé mis brazos alrededor, tosiendo por respirar demasiado rápido e inhalar gases. Tropecé y me encontré con la mesa, que no estaba donde pensé que debería estar. Pero no me importaba, eso era suficiente. Puse mis manos en un plato, todavía cubierto de comida, y pasé las manos a lo largo de la mesa, derribando las copas y tropezando con las sillas.

No iba a lograrlo.

No podía respirar, y estaba tan cansada.

—¡Amberly!

Levanté mi cabeza, pero no pude ver nada.

—¡Amberly!

Golpeé la mano sobre la mesa, tosiendo por el esfuerzo. No lo escuché de nuevo, y lo único que podía ver era humo.

Comencé a golpear la mesa de nuevo. Nada.

Lo intenté una vez más, y mientras golpeaba la mesa, mi mano cayó en otra mano.

Nos alcanzamos el uno al otro, y él se apresuró a arrastrarme lejos.

—Ven —dirigió, tirando de mí a su lado. Se sentía como si la habitación no tuviera fin, pero entonces mi hombro se estrelló en el marco de la puerta. Clarkson tomó mi mano, instándome a seguir adelante, pero lo único que quería hacer era descansar—. No. Ven.

Nos trasladamos más lejos por el pasillo, y vi algunas de las otras chicas allí, tiradas en el suelo. Algunas estaban respirando con dificultad, y al menos dos habían vomitado por el gas.

Clarkson me llevó más allá de la última de las otras chicas y luego caímos al suelo juntos, jadeando en el aire limpio. No había manera de que el ataque —y estaba segura que era eso— duró más de dos o tres minutos, pero me sentí como si hubiera corrido un maratón.

Estaba acostada sobre mi brazo de una manera muy dolorosa, pero tomó demasiado esfuerzo cambiar de posición. Clarkson no estaba moviéndose, pero pude ver su pecho subir y bajar. Un momento después, se volvió hacia mí.

—¿Estás bien?

Tomó todas mis fuerzas para contestar. —Salvaste mi vida. —Me detuve, jadeando—. Te amo.

Me había imaginado diciendo esas palabras un montón de veces, pero nunca así. Aún así, no podía estar preocupada por arrepentirme mientras me quedaba dormida, los sonidos de los guardias de carga resonando en mis oídos.

Había algo pegado a mi cara cuando me desperté. Lo alcancé y encontré una máscara de oxígeno, algo así como la que había visto después de que Samantha Rail quedara atrapada en el fuego.

Volví la cabeza hacia la derecha y vi que el escritorio donde la enfermera por lo general se sentaba y la puerta estaban prácticamente a mi lado. En la otra dirección, casi cada cama en el hospital estaba ocupada. No podía decir cuántas de las chicas estaban aquí, lo que me hizo preguntarme cuántas de ellas estaban absolutamente bien... o si alguna de ellas no lo estaban.

Traté de incorporarme, con la esperanza de poder ver más. Y una vez que estaba casi en posición vertical, Clarkson me vio y se acercó a mi lado. No me sentía demasiado mareada o que me faltara el aire, así que me quité la máscara. Él estaba frenándose a sí mismo, aun superando los efectos del gas. Cuando por fin me alcanzó, se sentó en el borde de mi cama y habló en voz baja.

—¿Cómo te sientes? —Su voz era como la grava.

—¿Cómo puede...? —Traté de aclarar mi garganta. Sonaba extraña, también—. ¿Cómo puede eso importar? No puedo creer que regresaras. Hay veinte y tantas versiones de mí aquí. Sólo hay un tú.

Clarkson sacó su mano, pidiendo por mí. —Tú no eres exactamente reemplazable, Amberly.

Apreté los labios, porque no quería llorar. El heredero al trono se había encontrado en peligro por causa mía. El sentimiento que acompañó ese conocimiento era casi demasiado hermoso para soportar.

—Lady Amberly —dijo el Dr. Mission, precipitándose—. Me alegra ver que finalmente está despierta.

—¿Están las otras bien? —Le pregunté, mi voz tan extraña.

Él intercambió una mirada rápida con Clarkson. —En vías de recuperación. —Ellos estaban omitiendo algo, pero me preocuparía de eso más tarde—. Fuiste muy afortunada, sin embargo. Su Alteza sacó cinco chicas, incluyéndote a ti.

—El Príncipe Clarkson es valiente. Estoy de acuerdo. Soy muy afortunada. —Mi mano estaba todavía en la suya, y le di un rápido apretón.

—Sí —respondió el Dr. Mission—, pero perdóneme si le pregunto si el valor se justifica.

Ambos nos volvimos hacia él, pero fue Clarkson quien habló.

—¿Discúlpeme?

—Su Alteza —respondió en voz baja—, sin duda usted sabe que su padre desaprobaría que dedique tanto tiempo a una chica que no es digna de usted.

Hubiera dolido menos si me hubiera golpeado.

—Las posibilidades de ella dando un heredero son marginales en el mejor de los casos. ¡Y usted casi perdió su vida rescatándola! Todavía tengo que informar de su condición al rey, ya que estaba seguro de que misericordiosamente la enviaría a casa una vez que usted lo supiera. Pero si esto sigue así, voy a tener que hacerle consciente.

Hubo una larga pausa antes de que Clarkson respondiera.

—Creo que he oído a varias de las chicas decir que sus manos se demoraron más de lo normal mientras las examinaba hoy —dijo fríamente.

Los ojos del médico se entrecerraron. —¿Qué es lo que usted...?

—¿Y cuál fue la que dijo que usted susurró algo muy inapropiado en su oído? No importa, supongo.

—Pero yo nunca...

—Difícilmente el punto. Soy el príncipe. Mi palabra está por encima de cuestionamiento. Y si incluso insinúo que usted se atrevió a tocar a mis mujeres de alguna manera que no sea profesional, puede que se encuentre frente a un pelotón de fusilamiento.

Mi corazón latía. Quería detenerlo, para decirle que la vida de nadie necesitaba ser amenazada por esto. Sin duda, había otras maneras de conseguir un cambio de tema. Pero sabía que no era el momento de hablar.

El Dr. Mission tragó cuando Clarkson continuó hablando. —Si usted valora su vida en absoluto, entonces le sugiero que no interfiera con la mía. ¿Queda claro?

—Sí, Su Alteza —dijo el Dr. Mission, lanzándose en una rápida reverencia por si acaso.

—Excelente. Ahora, ¿Está Lady Amberly en buena salud? ¿Puede ir a su habitación a descansar comodamente?

—Voy a tener una enfermera comprobando sus signos vitales una vez más.

Clarkson movió su brazo, y el médico se fue.

—¿Puedes creer que tenga el valor? Debo deshacerme de él de todos modos.

Puse mi mano en el pecho de Clarkson. —No. No, por favor, no le hagas daño.

Sonrió. —Quiero decir que le enviaré lejos, encontrar una posición adecuada para él en otro lugar. Muchos de los gobernadores les gusta tener médicos privados. Lo hará bien en algo así.

Suspiré con alivio. Mientras nadie muriera.

—Amberly —susurró—. Antes de que él te dijera, ¿sabías que podrías ser incapaz de tener hijos?

Negué con la cabeza. —Me preocupaba. He visto que le ha pasado a los demás donde vivo. Pero mis dos hermanos mayores están casados y tienen hijos. También tenía la esperanza de poder.

Mi voz se ahogó, y él me hizo callar. —No te preocupes por eso ahora. Vendré a verte más tarde. Tenemos que hablar.

Me besó en la frente, allí en el ala del hospital donde cualquiera podía ver. Todas mis preocupaciones desaparecieron, aunque sólo por el momento.

Capítulo 11

Traducido SOS por Emmie

Corregido por Annabrch

— **T**e tengo un secreto
Me desperté con Clarkson susurrando en mi oído. Era como si mi cuerpo supiera qué responderle, y ni siquiera me sobresalté. En cambio, me agité suavemente por su voz, y era la forma más dulce de despertar en el mundo.

—¿Lo tienes? —Me froté los ojos y miré su sonrisa pícaro.

Él asintió. —¿Quieres que te diga? —Me reí en respuesta, e inclinó de nuevo la cabeza a mi oído—. Serás la próxima reina de Illea.

Me alejé para ver su rostro, buscando cualquier indicio de que esto sea una broma. Pero, en verdad, nunca lo había visto tan tranquilo.

—¿Quieres que te diga cómo lo sé? —Parecía satisfecho de sí mismo, por haberme sorprendido.

—Por favor —suspiré, todavía sin creer sus palabras.

—Espero que perdones mis pequeñas pruebas, pero conozco desde hace mucho tiempo lo que estaba buscando. —Se movió en la cama, y me senté así que estábamos frente a frente—. Me gustaba tu pelo.

Instintivamente, lo toqué. —¿Qué quieres decir?

—No había nada malo con eso cuando estaba largo. Le pedí a varias chicas cortarse el pelo, y tú fuiste la única que me dio más de una pulgada.

Me quedé estupefacta. ¿Qué significa eso?

—Y la noche que fui por ti para nuestra primera cita... ¿te acuerdas de eso? — Por supuesto que sí—. Llegué tarde, cuando sabía que estarías lista para la cama. Me preguntaste sobre cambiarte, pero cuando te dije que no, no discutiste. Has venido conmigo, así como estabas. Las otras me empujaron en el pasillo para que esperara mientras se vestían. Les doy crédito por ser rápidas, sin embargo.

Consideré estas cosas por un momento y confesé. —No entiendo.

Tomó mi mano. —Has visto a mis padres. Pelean por tonterías. Están preocupados con las apariencias hasta la muerte. Y si bien esto es importante para el bien del país, dejaron que se interpusiera entre cualquier clase de paz que podrían tener, sin mencionar la felicidad. Si te pido algo, me lo das. No eres egoísta. Eres lo suficientemente segura de ti misma para ponerme antes que tu apariencia, antes que cualquier cosa. Lo sé por la forma en que recibes cualquier petición que te he dado. Pero es más que eso...

Él respiró hondo y miró a nuestras manos, como si estuviera debatiendo en decírmelo.

—Has guardado mis secretos, y te aseguro, si te casas conmigo, habrá más para mantener. No me juzgas, o pareces sorprendida por mucho. Eres calmada. —Su mirada viajó hasta mis ojos—. Estoy desesperado por la paz. Creo que tú podrías ser la única oportunidad que tengo en eso.

Sonreí. —¿El centro de tu tormenta?

Exhaló, aliviado. —Sí.

—Estaría encantada de ser eso para ti, pero hay un pequeño problema.

Él apretó la cabeza. —¿Tu casta?

Me había olvidado de eso. —No. Niños.

—Oh, eso —dijo, casi sonando como si pensara que era una broma—. No me importa de una manera u otra.

—Pero tienes que tener un heredero.

—¿Para qué? ¿Para continuar la línea? Estás hablando de darme un hijo. Supongamos que logras tener un hijo y ese hijo sea una niña. No tendría ninguna posibilidad de conseguir su corona. ¿No crees que haya planes alternativos?

—Quiero los niños —murmuré.

Se encogió de hombros. —No hay garantía que no los llegues a tener. Personalmente, no me gustan los niños. Supongo que para eso es lo que son las niñeras.

—Y tu casa es tan grande que nunca oyes a uno levantar su voz.

Clarkson se rió entre dientes. —Es cierto. Así que, no importa qué, eso no es un problema para mí.

Estaba tan tranquilo, tan despreocupado, que le creí, y el peso de toda esa preocupación cayó en mí. Mis ojos se llenaron de lágrimas, pero no me permití llorar. Podía guardar las lágrimas para después, cuando estuviera sola.

66

—El verdadero problema para mí es tu casta —confesó—. Bueno, no es para mí tanto como para mi padre. Necesitaré tiempo para elaborar la forma correcta para tratarlo, lo que significa que la Selección podría continuar durante bastante tiempo. Pero no te desanimes —dijo mientras se inclinaba cerca—, tú serás mi esposa.

Me mordí el labio, dispuesta a creer que era real.

Metió un mechón de pelo detrás de mí oreja. —Serás la única cosa en este mundo que sea verdaderamente mío. Y te pondré en un pedestal tan alto que será imposible que alguien no te adore.

Negué con la cabeza, mareada con alegría. —No sé qué decir.

Me besó rápidamente. —Practica diciendo que sí. Cuando llegue el momento, quiero que estés lista.

Apoyamos nuestras frentes entre sí y nos quedamos en silencio por un momento. No podía creer que fuera real. Él había dicho todas las palabras que yo nunca había esperado oír: *reina, esposa, adorar*. Los sueños que había almacenado en mi corazón estaban haciéndose realidad.

—Debes irte de nuevo a dormir. El ataque de hoy fue uno de los más crueles. Quiero que te recuperes totalmente.

—Como desees —le dije.

Pasó un dedo por mi mejilla, satisfecho con mi respuesta. —Buenas noches, Amberly.

—Buenas noches, Clarkson.

Me metí de nuevo en la cama mientras él se iba, pero yo sabía que no había manera de que fuera capaz de dormir ahora. ¿Cómo podría con mi corazón latiendo el doble de tiempo y mi mente corriendo a través de todas las posibilidades de nuestro futuro?

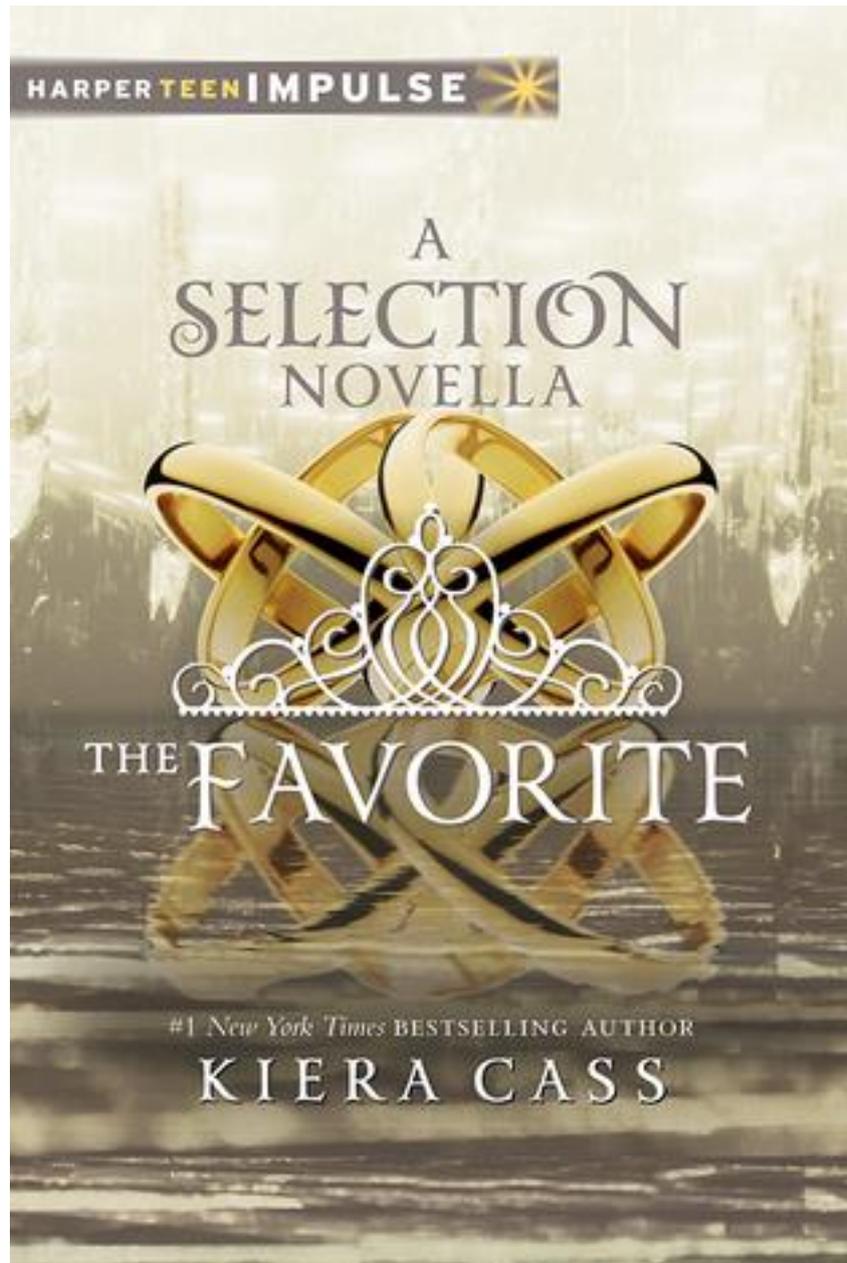
Poco a poco me levanté y fui a mi escritorio. Podría pensar en una manera de quitarme esto de mi sistema.

Querida Adele,

¿Puedes guardar un secreto?

Adelanto de *La Favorita*

Mientras que el corazón de América Singer se debatía entre Aspen y el príncipe Maxon, su amiga Marlee sabía exactamente lo que quería, y pagó el precio.



Capítulo 1

Traducido Emmie

Corregido por Daniel

Tiré de las capas superiores de mi vestido un poco más ajustado sobre mis hombros. Carter estaba quieto ahora, y su silencio envió escalofríos a través de mi cuerpo. Había sido horrible escuchar sus gruñidos de dolor mientras los guardias quitaron la esperanza fuera de él, pero al menos sabía que estaba respirando.

Me estremecí mientras presionaba mis rodillas más cerca de mi pecho. Otra lágrima se deslizó por mi mejilla, y estaba agradecida por ello aunque sólo sea porque hacía calor en mi piel. Sabíamos. Sabíamos que podía terminar de esta manera. Y todavía nos reunimos. ¿Cómo podríamos habernos detenido?

Me preguntaba cómo íbamos a morir. ¿Una soga? ¿Una bala? ¿Algo mucho más elaborado y doloroso?

No pude evitar desear que el silencio de Carter significara que ya se había ido. O si no, que él iría primero. Prefiero que mi último recuerdo sea de su muerte que sufrir sabiendo que su último recuerdo era la mía. Incluso ahora, sola en esta celda, lo único que quería era que su dolor se detuviera.

Algo se agitó en el pasillo, y mi corazón empezó a correr. ¿Era él? ¿Era este el final? Cerré los ojos rápidamente, tratando de contener las lágrimas. ¿Cómo había sucedido esto? ¿Cómo había pasado de ser una de los miembros queridos de la Selección para ser etiquetada como una traidora, a la espera de mi castigo? Oh, Carter... Carter, ¿qué hemos hecho?

No pensé que yo era una persona vana. Sin embargo, casi todos los días después del desayuno, me sentí como si tuviera que volver a mi habitación y retocar mi maquillaje antes de ir a la Habitación de las Mujeres. Sabía que era tonto—Maxon

ni siquiera me vería de nuevo hasta la noche. Y en ese punto, por supuesto, volvería a aplicar todo mi maquillaje y cambiaría mi traje de todos modos.

No es que todo lo que estaba haciendo parecía tener mucho efecto. Maxon era educado y amable, pero no creía tener una conexión con él de la forma en que algunas de las otras chicas lo hicieron. ¿Había algo malo en mí?

Mientras yo estaba ciertamente teniendo un tiempo maravilloso en el palacio, no dejaba de sentir que había algo que las otras chicas —bueno, algunas de ellas como mucho— entendían que yo no. Antes de ser seleccionada, había pensado que yo era divertida, bonita y elegante. Pero ahora que estaba en medio de un montón de otras chicas cuya misión diaria era impresionar a un chico especial, me sentía débil, sin brillo e inferior. Me di cuenta de que tendría que haber prestado más atención a mis amigos en casa que siempre habían parecido estar en una carrera a la hora de encontrar un marido y asentarse. Habían pasado su tiempo hablando de ropa y maquillaje, y de chicos —mientras que yo había prestado más atención a las lecturas de mis tutores. Me sentí como si hubiera perdido alguna lección importante, y ahora yo estaba deplorablemente detrás.

No. Sólo tenía que seguir intentando, eso era todo. Había memorizado todo de la lección de historia de Silvia a principios de esta semana. Incluso había escrito apuntes para tener a mano si se me olvida algo. Quería que Maxon piense que era inteligente y madura. También quería que él pensara que yo era hermosa, por lo que sentí que estos viajes a mi habitación eran necesarios.

¿Acaso la reina Amberly hacía esto? Ella parecía impresionante todo el tiempo, aun sin esforzarse.

Me detuve en la escalera para mirar mi zapato. Uno de los tacones parecía estar enganchado en la alfombra. Yo no vi nada, así que seguí adelante, con ganas de llegar a la Habitación de las Mujeres.

Moví mi pelo sobre mi hombro mientras me acercaba a la primera planta y volví a centrarme en si había más que se suponía que debía estar haciendo. Tenía muchas ganas de ganar. No había pasado mucho tiempo con Maxon, pero parecía amable, divertido y...

—¡Ahh! —Mi talón se enganchó en el borde de la escalera, y caí con un golpe en el suelo de mármol—. Ow —murmuré.

—¡Señorita! —Levanté la mirada para ver a un guardia corriendo hacia mí—. ¿Está bien?

—Estoy bien. Nada lastimado excepto mi orgullo —le dije, sonrojándome.

—No sé cómo las señoritas caminan en esos zapatos. Es un milagro que todas ustedes no tengan los tobillos rotos todo el tiempo.

Me reí mientras me ofreció su mano.

—Gracias. —Empecé a cepillarme el pelo hacia atrás y suavizar mi vestido.

—En cualquier momento. ¿Está segura de que no está lastimada? —Él me miró con ansiedad, en busca de rasguños o cortes.

—Mi cadera me dolió un poco cuando me caí, pero por lo demás me siento perfecta. —Lo cual era cierto.

—Tal vez deberíamos llevarte a la enfermería, sólo para estar seguros.

—No, de verdad —insistí—. Estoy bien.

Suspiró. —¿Quiere hacerme el favor de ir de todos modos? Si se lesionó y yo no hice algo para ayudar, me sentiría muy mal por ello. —Sus ojos azules eran terriblemente convincentes—. Y estaría dispuesto a apostar que el príncipe querría que vayas.

Él hizo un punto justo. —Muy bien —cedí—. Iré.

Sonrió, su sonrisa ligeramente torcida. —Está bien, entonces. —Me levantó y abrí la boca en estado de shock.

—No creo que lo necesite —protesté.

—De todos modos. —Empezó a caminar, así que no podía detenerme—. Ahora, corrigame si me equivoco, pero tú eres la señorita Marlee, ¿verdad?

—Sí, lo soy.

Siguió sonriendo, y yo no podía dejar de sonreír a su vez. —He estado trabajando duro para mantener a todas ustedes bien. Sinceramente, no creo que sea el mejor en el entrenamiento, y no tengo ni idea de cómo terminé en el palacio. Pero quiero estar seguro de que no se arrepientan de su decisión, por lo que estoy tratando de aprender por lo menos los nombres. De esta forma si alguien necesita algo, voy a saber de quién están hablando.

Me gustaba la forma en que hablaba. Era como si estuviera contando una historia, a pesar de que él estaba diciendo simplemente un hecho de sí mismo. Su rostro estaba animado y su voz encendida.

—Bueno, vas progresando —me animé—. Y no tengas tan poca confianza en ti. Estoy segura de que eras un excelente aprendiz si te colocaron aquí. Tus comandantes deben haber visto un gran potencial en ti.

—Eres demasiado amable. ¿Me recuerdas de dónde eres?

—Kent.

—Oh, yo soy de Allens.

—¿En serio? —Allens estaba justo al este de Kent, sobre Carolina. Éramos vecinos de una manera.

Él asintió con la cabeza mientras caminaba. —Sí, señora. Esta es la primera vez que he estado fuera de mi provincia. Bueno, la segunda si contamos el entrenamiento.

—Igual que yo. Es un poco difícil acostumbrarse al clima.

—¡Lo es! Estoy esperando el otoño, pero no estoy seguro de que incluso tengan otoño aquí.

—Se a lo que te refieres. El verano es agradable, pero no todos los días.

—Exactamente —dijo con firmeza—. ¿Te imaginas lo tonto que sería Navidad?

Suspiré. —Es imposible que sea tan bueno sin nieve. —Quise decirlo. Soñaba con el invierno todo el año. Era mi estación favorita.

—Ni de cerca —estuvo de acuerdo.

No sé por qué estaba sonriendo tanto. Tal vez era porque esta conversación se sintió tan fácil. Nunca había tenido un momento fácil con un chico. Es cierto, no había tenido mucha práctica, pero era agradable pensar que tal vez no necesitaba tanto trabajo como había pensado.

Cuando nos acercamos a la entrada de la enfermería desaceleró.

—¿Te importaría bajarme? —le pregunté—. No quiero que piensen que me he roto una pierna o algo así.

Él se rió entre dientes. —De ningún modo.

Me dejó y abrió la puerta para mí. Dentro, una enfermera estaba sentada en un escritorio.

El oficial habló por mí. —La Señorita Marlee cayó en el pasillo. Probablemente no tenga nada, pero quería estar seguro.

La enfermera se puso de pie, pareciendo feliz de tener algo que hacer. —Oh, Marlee, espero que no estés muy herida.

—No, sólo un poco de dolor aquí —le dije, tocando mi cadera.

—Voy a comprobarte de inmediato. Muchas gracias, oficial. Puede volver a su puesto.

El guardia echó la cabeza hacia ella y se dispuso a salir. Justo antes de que las puertas se cerraran, me dio un guiño y una sonrisa torcida, y me quedé allí, sonriendo como una idiota.

Sobre la autora



Kiera Cass es la reconocida autora #1 del New York Times de la serie La Selección, así como la auto-publicada novela de fantasía The Siren. Se graduó en la Universidad de Radford en Historia y actualmente vive con su familia en Christiansburg, Virginia. Kiera ha besado aproximadamente catorce chicos en su vida. Ninguno de ellos eran príncipes.

En su tiempo libre le gusta leer, bailar, hacer vídeos y comer cantidades de pastel. Puedes conocer más acerca de los libros de Kiera, videos, y su amor por los pasteles en su página www.kieracass.com.

Serie de La Selección

La Reina

El Príncipe

La Selección

La Elite

El Guardia

La Favorita

La Elegida

La Heredera



Midnight Dreams